

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 49.—SÁBADO 6 DE DICIEMBRE DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 50.

LA CONGREGACION DE SIERVAS DE MARIA

EN EL BARRIO DE CHAMBERÍ.

El público de Madrid tiene ya conocimiento de la nueva congregación ó comunidad de religiosas que bajo la advocación de *Servas de Maria* se ha establecido recientemente en el barrio de Chamberí, estramuros de esta capital. Esta piadosa institución, cuyo benéfico objeto es el atender al cuidado de los enfermos en sus casas, con el mismo celo y heroísmo que las beneméritas hermanas de la caridad lo hacen á los de los hospitales, tuvo principio en el año anterior por el ardiente celo é inspirada vocación de la señora Doña Paula Librada Díaz, su actual superiora, que ha tomado el nombre de *Sor Maria de la Providencia*, auxiliada por el señor cura párroco de Chamberí D. Miguel Martínez Sanz; los cuales, venciendo obstáculos que parecían insuperables, y supliendo con su celo y solicitud verdaderamente evangélicos la absoluta falta de recursos, consiguieron instalar este benéfico instituto con las diez religiosas de que consta, y que recibieron el sagrado hábito en agosto último; y á pesar de que hasta ahora se han visto destituidas de todo auxilio eficaz, y sostenidas únicamente por la caridad de los fieles (pues no reciben remuneración alguna por los servicios que prestan á los enfermos) han podido marchar y sostenerse, con tan apreciable resultado, que desde la formación de la comunidad

supieron hermanar en tan nobles aplicaciones, el culto religioso con el ejercicio de la caridad cristiana.

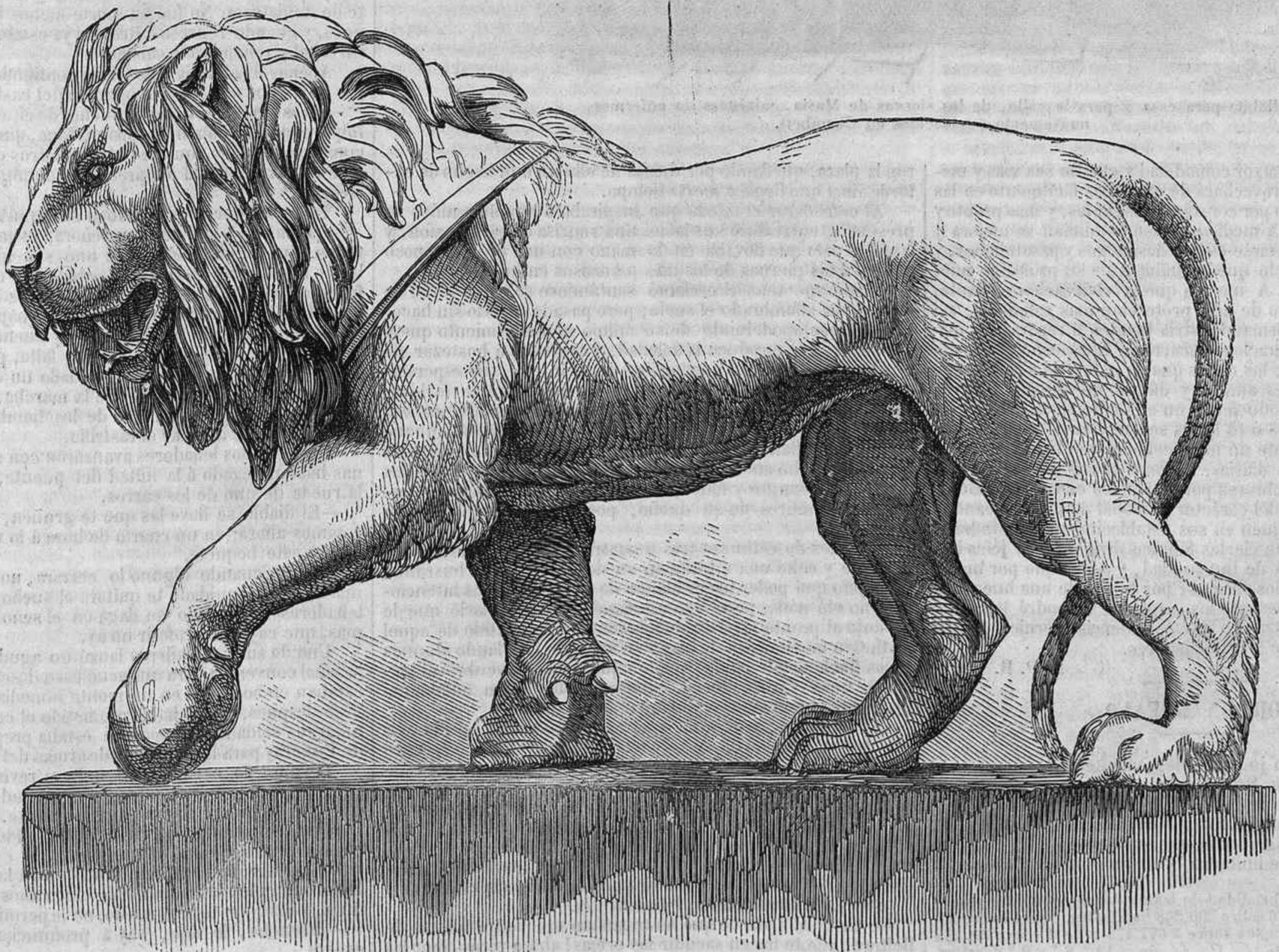
El hábito adoptado por las hermanas (y del que damos un dibujo exacto) es todo negro, y está reducido á una túnica ceñida á la cintura por una correa, escapulario negro en el que brilla sobrepuesto el Corazon de Maria, de metal dorado, como en el hábito de los Dolores; un pequeño velete negro sobre una toca blanca en la cabeza, y con rosario al cuello.— Para salir á la calle se ponen sobre todo esto un grandísimo velo negro que llega hasta el suelo, llevándolo cogido por delante con los brazos, el cual da al conjunto de la persona cierto aspecto majestuoso y grave, absolutamente idéntico al que ostentan las imágenes de la Madre Dolorosa.

INFLUENCIA HIGIÉNICA DE LA INDUSTRIA.

Todo trabajo moderado es un ejercicio gimnástico; conserva la salud y las fuerzas. Todo trabajo regular, coordinado y reflexivo, es un aprendizaje; instruye y adiestra. Aun cuando la obra que tiene por objeto debiera ser destruida al momento en que queda terminada, daría un provecho real al trabajador, á saber, la salud, y la capacidad que habria conservado ó adquirido, las cuales son otras tantas fuerzas ó potencias reales. Una tentativa que aborta, un ensayo que se frustra, no dan producto alguno al comercio, pero dejan una

instrucción á su autor, y de ella un día ú otro saldrá tal vez algun fruto útil. El trabajo recrea; los ociosos son una carga para sí mismos como para los demás. Nuestros juegos, parecidos á los de los niños, consisten en un trabajo variado, agradable por su misma fatiga. Como ejercicio gimnástico la influencia del trabajo es bienhechora cuando está contenida dentro de ciertos límites; cuando ejerce á la vez ó alternativamente diversos órganos, y mas aun cuando los ejerce con cierta armonía. Un trabajo que consista en la repetición perpétua de un solo movimiento, hace capaz sin duda de ejecutar ese movimiento con mas facilidad y precision, pero no ejerce una influencia favorable sobre el organismo entero: en esto el abuso está muy cerca del ejercicio, los inconvenientes cerca de las ventajas: todo depende de la medida, de la elección y de la combinacion de movimientos. Bajo este aspecto, las diversas profesiones industriales ofrecen una variedad infinita. Es imposible ocultar que la extrema division del trabajo tiene generalmente por efecto, simplificando la operacion confiada á cada agente, el condenar á este á movimientos de una uniformidad mas constante, esto es, á un género de ejercicio poco favorable al desarrollo armónico de los órganos. Las profesiones que permiten la locomocion, tienen para la conservacion de la salud y de las fuerzas musculares, una superioridad marcada sobre las profesiones sedentarias: las que emplean la vista y las manos con preferencia á las fuerzas musculares, comunican mas destreza y ejercen los órganos intelectuales; los que imponen una actitud violenta, en la que

son difíciles la respiracion y la circulacion, las que condenan al obrero á permanecer sentado y encorvado, dejan tomar menos vuelo á las funciones de la vida y alteran fácilmente la salud: los tejedores, los zapateros, los sastres, suministran gran número de enfermos á nuestros hospitales y de indigentes á nuestras casas de beneficencia. Según los datos estadísticos obtenidos por M. Blach, miembro del colegio médico de Londres, la duracion media de la vida de 100 hiladores no es mas que de 26 años $\frac{17}{100}$, mientras que la de los soldados es de 32 años $\frac{97}{100}$. Los beneficios del aire y de la luz, esos dones que la naturaleza á lo menos parece haber distribuido igualmente á todos los hombres, ¿acaso no son alterados con frecuencia por las condiciones del trabajo? Si unos están condenados á sufrir las intemperies de las estaciones, otros están encerrados, privados de los rayos del sol y no respiran con frecuencia sino exhalaciones deletéreas:



El leon.

se hallan constantemente distribuidas las hermanas, en la asistencia, en casas de Madrid y sus arrabales; y su esmerado celo y sublime abnegacion va haciéndose sentir de tal modo, que no solo consagra la opinion pública tan piadoso instituto, sino que la hace reclamar en su favor algun auxilio poderoso, con el objeto de engrandecerle ó darle toda la importancia y latitud que merece.— Si esto llega á suceder, es de esperar que en breve tiempo se aumente extraordinariamente el número de hermanas, pues sabemos que es muy crecido el de las jóvenes que solicitan este sagrado carácter; con lo cual la hospitalidad domiciliaria, que es á nuestros ojos la mas benéfica, podrá adquirir en Madrid un grado notable de mejora; y la consideracion y el respeto públicos hacia los nobles fundadores de tan útil institucion, no negará su tributo á los que á imitacion de los Vicente de Paul, José Calasanz, Juan de Dios, Anton Martin y Simon de Rojas,

el tejedor está sepultado en un subterráneo; el vidriero vive cerca de un horno; el fabricante de cerveza, el pintor, los manipuladores de ciertos metales respiran un polvo dañoso ó gases corrosivos: estos confinados en estrechos talleres, aquellos acumulados en cuadras cerradas, están privados de la renovación del aire. Se ha notado que la clase de tejedores, encadenados en los telares en una posición penosa, es la más enfermiza de todas. La condición débil y mortal de la humanidad siembra en todas partes el peligro bajo nuestros pies: la ociosidad tiene los suyos, aunque los males que acarrea obran de una manera lenta é invisible: la actividad los halla bajo todas las formas; el pescador, el marino, se exponen á la tempestad; el minero á las explosiones; el albañil á las caídas; tan pronto el jefe de la familia es atacado de enfermedades precoces y condenado á la impotencia para el trabajo, como la familia se ve privada de un jefe. La misma morada en los campos y las tranquilas ocupaciones del labrador, que parecen prometer todos los beneficios de la salud y una vida tan larga como apacible, ¿no tienen acaso sus perances? Los países pantanosos son teatro de una mortalidad más crecida: la vida media de sus habitantes, ha sido calculada por Sausset y el doctor Prince en 26 años; por Condorcet en 18 solamente. El otoño, la estación más saludable para el habitante de las ciudades, es aquella en que se manifiestan más enfermedades en la campiña. Los trabajos de la cosecha ocasionan excesivas fatigas ó accidentes; y en este género de vida está el hombre más espuesto á la intemperie del aire.

Muchas veces se ha comparado la mortalidad de las ciudades á la de los campos, y de esa comparación se ha deducido la consecuencia, que la industria manufacturera, en general, es perjudicial á la salud del hombre (1); pero es preciso no olvidar, que las ciudades ven perecer dentro de sus muros un gran número de individuos que no nacieron en ellas; es preciso no culpar á la industria por la influencia de un gran número de causas que le son extrañas y que son dañosas á las ciudades populosas, como son un aire menos saludable, y ocasiones más numerosas de excesos y desórdenes. Un ilustre

y sabio autor, observa que en Inglaterra, precisamente en medio del maravilloso vuelo que tomó la industria, desde 1780 á 1821, la mortalidad se redujo en 40 años, de $\frac{1}{10}$ á $\frac{1}{20}$, y que en las ciudades más industriosas se observó esa mejora notable. Así en Londres, en donde la mortalidad era de $\frac{1}{10}$ al principio del siglo, no es ya hoy día sino de $\frac{1}{20}$, en Manchester de $\frac{1}{10}$, proporción que guardaba en 1770, ha bajado á $\frac{1}{15}$; en Liverpool de $\frac{1}{10}$, en 1773 ha bajado á $\frac{1}{15}$; en el Lancashire, país manufacturero, la mortalidad no es más que de $\frac{1}{15}$. La Francia, menos industrial y más agrícola, experimenta una mortalidad más considerable que la Inglaterra: en muchos de sus departamentos, esencialmente agrícolas, la mortalidad es más sensible: así en el Cher, es de $\frac{1}{10}$; en el Finisterre, de $\frac{1}{10}$; en la Nièvre, Loir-et-Cher, Indre-et-Loire, Loiret, de $\frac{1}{10}$; mientras que en ciertos departamentos esencialmente manufactureros, figuran aquellos en los cuales la mortalidad es más débil, así es de $\frac{1}{15}$ en el de los Ardennes, de $\frac{1}{15}$, en el Calvados, de $\frac{1}{15}$, en el Orne, de $\frac{1}{15}$, en L' Oise. Además, ¿caso todas las fabricaciones están concentradas en las ciudades? Una porción notable, de entre ellas, las de tejidos, de hilados, la explotación de metales, ¿no prefieren la morada de los campos en donde están naturalmente situadas? La relación de la mortalidad de las ciudades con la de los campos, no proporciona una base tan positiva como se supone para las inducciones: querer establecer sobre la influencia higiénica de la industria reglas de una absoluta generalidad, es violentar la naturaleza de las cosas: no hay en esto ley alguna universal, ni á favor de los trabajos agrícolas, ni contra los trabajos de fabricación: los inconvenientes á los cuales exponen unos y otros la salud de los hombres, están subordinados á circunstancias diversas, que se modifican según las especies particulares de trabajos y las circunstancias locales: cada ramo de industria tiene sus víctimas, y su número varía según las condiciones que lo acompañan. Ciertas precauciones, un buen régimen, y pronto auxilios, pueden disminuir esos inconvenientes: el obrero aprovechará tanto mejor de esos preservativos y de esos remedios,



Hábito para casa y para la calle, de las siervas de Maria, ministras de enfermos, nuevamente establecidas en Chamberí.

cuanto goce de una mayor comodidad y cuanto sea más y mejor instruido: y se aprovechará de ellos más fácilmente en las ciudades, será guiado por consejos más sabios, y más pronto y eficazmente asistido. A medida que su condición se mejora y se eleva, puede procurarse ciertos desahogos y pasatiempos, y reparar de este modo lo que los hábitos de su profesión pueden tener de funesto. A medida que la civilización avanza, está rodeado el obrero de una protección más saludable; así los progresos de la misma industria tienden á reparar los males físicos que sus operaciones acarrea. El exceso del trabajo es á veces la causa de los daños que la industria acarrea á la salud del obrero; y es aun muy dudoso que esos excesos le aprovechen, como produciendo un aumento en su salario: un obrero que durante 15 ó 16 horas se agota en el taller, no ejecuta tanta obra durante un mes, como el que trabaja con vigor durante 12 horas diarias. Además la influencia ejercida sobre la salud de los obreros por su empleo en las manufacturas, depende mucho del carácter personal de los fabricantes, y del régimen que siguen en sus establecimientos. Admira el vigor de los obreros en ciertas fábricas dirigidas por jefes llenos de benevolencia y de humanidad, y así es que por medio de sabios consejos á los obreros, por medio de una buena dirección dada á aquellos que los emplean, se podrá lograr el separar del teatro del trabajo las consecuencias perniciosas que acarrea á la salud de los trabajadores.

D. P. B.

POR UN BUFALO.

En 1328 triscaban jugando alegremente varios niños en la plaza de la aldea de la Mote-Breon, cuando se vieron interrumpidos por un grito:

¡Cuidado, paso al malo! lanzado por uno de ellos, que echó á correr con toda la ligereza de que eran susceptibles sus piernas. Sus camaradas le imitaron, y en un instante desocupa-

(1) En Bélgica la mortalidad de las ciudades en 1852 presenta una estadística de 35,606 sobre 990,268 habitantes, ó de 1 sobre 28, y en las campiñas de 79,304 sobre 3,077,478 ó de 1 sobre 28. En París la mortalidad es de $\frac{1}{96}$, $\frac{1}{28}$, $\frac{1}{30}$ en el 12.º, 8.º y 9.º distritos, que son el principal centro de los trabajos manufactureros, mientras que no fué más que de $\frac{1}{59}$, $\frac{1}{48}$, $\frac{1}{43}$ en el 1.º, 2.º y tercer distrito, durante el período de 1823 á 1826.

ron la plaza, quedando por dueño de ella un muchacho de catorce años que llegaba á este tiempo.

Al considerar el miedo que inspiraba á aquellos niños su presencia, entrecabrió sus labios una sonrisa de satisfacción, y lanzó el palo que llevaba en la mano con una destreza poco común á las piernas de los más perezosos en huir.

¡Cómo me temen! exclamó sentándose sobre la yerba de que estaba allombrado el suelo; pero pasado un rato sin hacer nada, fuese apoderando de su ánimo el aburrimiento que á tan pocos años produce la soledad, y comenzó á bostezar de una manera desusada; menester es decir que sus esperecimientos y bostezos aumentaban su ya considerable fealdad; porque era pequeño de estatura, espaldas anchas, cabeza monstruosa, y tenía los ojos pequeños y hundidos, aunque vivos y centellantes. El desorden de sus vestidos no prevenía tampoco mucho en su favor, porque en lo destrozados y en las manchas de sangre y lodo que los cubrían, probaban los gustos y costumbres de su dueño, poco pacíficas y dignas de alabanza.

Después de estirarse tres ó cuatro veces, se levantó bruscamente y echó una mirada en su derredor, como buscando un objeto que poder hacer blanco de sus depravadas intenciones; no vio nada, pero oyó un rugido extraordinario que le produjo al pronto un estremecimiento. Arrepentido de aquel instintivo movimiento de temor se incorporó, y dando algunos pasos hacia donde había partido aquel ruido, descubrió al través de unas yerbas altas la cabeza enorme de un búfalo que fijaba sus imponentes miradas en su persona.

No obstante sus naturales agresivos impulsos, sintió por esta vez en el fondo de su corazón el deseo de pasar de largo y dejar reposar tranquilamente al gigantesco animal, que estaba echado frente de él; pero apenas hubo andado algunos pasos, cuando avergonzado de su debilidad, volvió repentina y precipitadamente, y cogiendo del suelo una piedra la lanzó al búfalo.

El animal oyó silbar el proyectil por muy cerca de sus orejas; pero se contentó con sacudir perezosamente la cabeza.

Su apatía envaletonó al muchacho. —¡Ah! ¡ah! ¡parece que no te gustan mucho las piedras de Beltran, que te hacen sacudir las orejas! ahora verás cómo las sacudes de veras, añadiendo haciendo provision de piedras con que llenaba sus bolsillos. En seguida comenzó á apedrearle con tan buen tino, que ninguna desperdició el golpe. El poderoso

animal se levantó con trabajo, y miraba fijamente á su enemigo, cuando vino á darle una en un ojo; entonces estirando su cabeza y lanzando un rugido de dolor, embistió al muchacho, que por su parte echó á correr cuanto podía, mas no tanto lo hirió y estropeó gravemente.

Sin duda esta hubiera sido la última de sus hazañas, porque hubiera perecido pateado por el furioso animal, sin el auxilio en su socorro hiriendo por detrás á la fiera con una horquilla que tenía en la mano. El búfalo se revolvió y abandonó á Beltran, para acometer á su nuevo enemigo; pero aquel intrépido é irritado con los dolores de su herida, apenas de pie, corrió en ayuda del que tan valerosa y oportunamente le había socorrido; cogió una cuerda que casualmente halló cerca de sí, tumbólo y hacerse dueño de él con auxilio de otras gentes que llegaron, atraídas por el peligro en que habían contemplado á los dos jóvenes.

Cubierto de sangre y polvo se dirigió Beltran hacia el joven arrendador que le había salvado del furor de la fiera, y tomándole la mano, le dijo:

—Gracias, Santiago Plugastec, gracias; mi reconocimiento hacia ti es hoy tanto más grande cuanto que yo nunca te he hecho sino mal. Tú has castigado mis maldades con un beneficio; pero yo te juro por lo más sagrado, que deseo probarte que sea quien quiera, como quiera y donde quiera, me encontrarás dispuesto á emprender por ti todo lo hacedero, bien entendido sea justo y leal.

II.

Cinco años pasaron de este suceso. ¡Cinco años! ¡Cuántos acontecimientos pueden en este espacio de tiempo, á la vez tan largo y tan corto, ocurrir en la existencia de un hombre! Cinco años habían pasado, y la Bretaña, de rica y tranquila que era, se había convertido en teatro de guerra civil; Juan de Monforte y Carlos de Blois se disputaban este desventurado país, y sus habitantes, ó más bien sus señores, tomando partido por uno ó por otro de los pretendientes, se entregaban á los azares de los combates y desolaban todo, porque la guerra que se hacían era guerra de exterminio. Las tierras quedaban incultas, porque decían los labradores: «¿A qué labrar las tierras si los soldados con los pies de sus caballos han de inutilizar el esfuerzo de nuestros brazos? ¿A qué sembrar, para que las espigas sean pasto de los caballos?» Nunca se había conocido en la Bretaña una miseria tan espantosa como la que le afligió en aquella época. La mayor calamidad que puede abrumar á un país, dice un historiador, es tener á un tiempo dos reyes, y esto precisamente sucedía á la Bretaña.

A este tiempo Santiago Plugastec, casado hacia tres años, habitaba en la castellania de Fugeray, y era uno de los colonos más laboriosos, aunque también de los más perjudicados por la guerra; y Beltran, aquel muchacho pendenciero y temido, se había convertido en un caballero, aunque joven, distinguido ya por su valor, y que, como él de sí mismo decía: «soy hartó feo y brusco para grangearme el afecto y las atenciones de las damas, pero en cambio infundo pavor á mis enemigos.»

Encargado Beltran de acompañar á Inglaterra á los dos hijos de Carlos de Blois que debían quedar en rehenes de su padre, mientras venía á Francia y Bretaña á convenir en los ajustes de una transacción, se adquirió en el desempeño de sus importantes funciones los elogios y la estimación de la corte de Inglaterra. No fué su porte menos brillante en los torneos, y cuando regresó á Bretaña ya estaba considerado como un cabal y renombrado caballero.

Apenas llegó á los sitios de la contienda, supo que las tropas de Carlos se habían apoderado del castillo de Fugeray.

—Tres días hace que son dueños de él, dijo, dejémosles por hoy tranquilos; hagan su sopa mañana, que nosotros iremos á comérnosla. ¿Hay aquí de entre vosotros cuatro hombres decididos y resueltos á emprender conmigo una sorpresa arriesgada?

Todos los que le escuchaban se levantaron á un tiempo. —¡Bien! dijo, por nuestra Señora, os prometo que iremos todos. En seguida dió á cada uno sus instrucciones, y tres horas después de anochecido se hallaban cuatro hombres disfrazados de leñadores al pie de los muros de Fugeray.

—¡Hola! ¡eh! gritaban al centinela, bajad el rastrillo, que están aquí dos carretas de leña muy buena para calentarse en el invierno, y que deben haceros falta, porque el señor de Craon, que os manda, nos ha enviado un escudero con orden de cortarla y conducirla sobre la marcha.

El centinela llamó á otro de los hombres de armas para que le ayudase á echar el rastrillo.

Entonces los leñadores avanzaron con sus carros; mas apenas habían llegado á la mitad del puente, cuando se rompió la rueda de uno de los carros.

—El diablo se lleve las que te gruñen, condenado; buenos estamos ahora; en un cuarto de hora á lo menos no podremos cerrar este boquete.

—Y aun cuando alguno lo cerrara, no serías tú por vida mía el que tal cuidado te quitara el sueño; replicó uno de los leñadores hundiéndolo su daga en el seno del hombre de armas, que cayó sin proferir un ay.

Uno de sus compañeros lanzó un agudo silbido, que era la señal convenida para que acudiesen doscientos hombres que estaban emboscados en un monte inmediato, y un cuarto de hora después, según había prometido el caballero Beltran, cogían sus soldados la sopa que estaba preparada en el castillo de Fugeray para los hombres de armas del conde de Monforte.

Después de cenar quiso Beltran revistar los prisioneros para despachar á las gentes de más condición, y no guardó más que los que pudieran pagarle rescate. Entre los prisioneros que se presentaron estaba Santiago Plugastec, y apenas lo hubo divisado le llamó el primero.

—Santiago obedeció temblando y con la vista fija en el caballero, á quien el trascurso de cinco años, la barba, su armadura, y más que todo el miedo, no le permitieron reconocerle.

—Escucha, le dijo, voy á pronunciar la suerte que te espera.

Santiago creyó que iba á pronunciar su sentencia de muerte.

—Escucha. Te regalo la más bella posesión de la castella-

nia de Fugeray, y con ella cincuenta bueyes y vacas que escogerás á tu gusto, y cien fanegas de tierra de labor; esto aparte de que haré grabar sobre la puerta de tu casa en letras gordas, además de mi escudo, la siguiente inscripción:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

Y cuenta con el que se atreva á molestarte, porque juro por nuestra santa patrona, que se ha de arrepentir.
Santiago miraba al caballero con un sombro que participaba ya de estupidez; creía estar soñando.
—No te acuerdas ya, continuó el caballero, de un chiquillo mal criado, que mataba tus gallinas, te robaba las frutas de los árboles y que te quejaba á tu madre, te limitabas á decir: estas son niñas que le curará el tiempo? ¿No te acuerdas tampoco del que sin tu arrojo hubiera perecido bajo las patas del búfalo mas enorme que se ha visto jamás? Pues aquel te prometió ser el amparo de tus necesidades, y la ocasion de cumplir su promesa ha llegado; sé pues rico y feliz, y si alguno te molesta ó atenta á tus propiedades, dile: cuenta con el caballero Beltran Duguesclin, y acude á buscarme.

III.

En 1359 Duguesclin defendía á Dinan, sitiado por el duque de Lancastre; segun las costumbres de la época se habían convenido sitiados y sitiadores en suspender las hostilidades, acordando una tregua que tenia por objeto descansar, para reparar los combatientes sus fuerzas, y para que pudiesen ocuparse de sus mas importantes negocios. Los soldados de los dos campos se adiestraban en los ratos de ocio en el manejo de sus armas, mientras llegaba la hora de esgrimirlas en propia defensa y no como distraccion. Duguesclin no era el último que gustaba participar de estos belicosos recreos.

Un día que salió á dar un paseo á caballo acompañado de sus escuderos y hombres de armas, vino á arrojarle á sus pies un prisionero, pálido, cargado de cadenas, y gritando, gracia, socorro. El caballero reconoció en la voz de este hombre la de su protegido Santiago Plugastec.
—Monseñor, exclamó; compadeceos de mí; han asesinado á mi muger, á mis hijos, han quemado mi casa y me han dicho: nosotros te haremos sufrir tanto, cuanto que además de ser nuestro enemigo, eres el protegido de Beltran Duguesclin.
—Y quién te ha tratado de esa manera?
—Sir Tomás Cantorbery y sus gentes.
—Ah! sir Tomás Cantorbery, replicó el caballero sin moverse aparentemente; ya tengo que ajustarle tambien una cuenta por haber intentado coger prisionero á mi hermano el mas pequeño, á pesar de la tregua acordada; ahora veremos si es hombre que sostiene lo que dice.

Hablando así volvió el caballo hácia la tienda del duque de Lancastre, en la que estaba tambien el joven que lo es de Monforte.
—Monseñor, dijo; dispuesto teniamos distraernos con los juegos de un torneo; pero yo vengo á proponeros un duelo, un combate á muerte por dos insultos que he recibido de sir Tomás Cantorbery.

Hace ocho dias que hizo prisionero á mi hermano con mengua de la fé convenida en la suspension de armas; pero me hicisteis justicia y accedí á vuestro deseo de que no se verificara el combate. Hoy he sabido que un honrado labrador que guardaba mi proteccion, ha sido, á despecho de la tregua, robado, incendiado su casa, sacrificados sus hijos y encadenado como prisionero. Este ruin proceder es el de Tomás Cantorbery; yo le arrojé el guante, y que sea Dios en ayuda del mejor derecho.

El duque de Monforte y el de Lancastre accedieron á la solicitud de Duguesclin y designaron aquel instante para el combate.

Se dirigieron todos pues al palenque preparado para el torneo, donde se hallaba reunida la nobleza de ambos partidos. Un heraldo publicó en alta voz que monseñor Beltran Duguesclin retaba sin escusa á muerte á sir Tomás Cantorbery, y un momento despues pareció este en la arena, y los padrinos y el señor del campo gritaron: *partid*.

El primer encuentro fué violento y rompieron mutuamente sus lanzas en sus petos; en seguida ambos caballeros, con la velocidad del rayo, echaron pié á tierra, y con el hacha en una mano y la daga en la otra, comenzaron un combate prolongado y terrible; porque los dos paladines mostraban la misma destreza y ardor.

Tomás de Cantorbery sacudió en la cabeza de su rival un hachazo tan furibundo, que derribó su casco hecho pedazos, dejándole desnuda la frente.

En tanto Santiago Plugastec, que impetraba el auxilio de la Providencia para su protector, pensó desfallecer por creerle con aquel golpe mal parado; pronto recobró aliento al ver que Duguesclin, irritado con el golpe que había recibido, se lanzó sobre su adversario, y clavando el filo de su hacha en la visera del casco de Cantorbery, lo derribó al suelo, y le pone el pié en el pecho, exclamando:

—¡Ah! sir Tomás Cantorbery, me habeis atentado á lo mas sagrado, á lo que se recomendaba á la lealtad misma de sus enemigos, y ahora ya os doy á conocer á todos como un traidor, másin y cobarde, dispuesto á combatir contra los niños y vasallos indefensos.

Mientras tanto Cantorbery iba á perecer ahogado bajo la aplastada visera de su celada, y los heraldos se dirigieron en su ayuda, para desembarazarle de ella; pero Duguesclin gritó con voz de trueno:

—Fuera todos; nadie se acerque: solo el ultrajado puede hacer merced de la vida.

Hola, mi buen Santiago, acércate para disponer de la vida de este caballero que ha menospreciado la tregua y durante ella ha matado á tu muger y tus hijos, incendiado tu cabana y traídote prisionero y cargado de cadenas. Toma mi daga y dale el golpe de gracia, ó imponle el rescate que te acomodaré, que te juro por nuestra santa patrona te lo ha de satisfacer.

—Solo su sangre podría satisfacer la que ha vertido de mi muger y mis hijos; pero puesto que la suya no puede resti-

tuir el aliento de los que la perdieron por su mano, le hago merced de la vida para que los manes de sus víctimas le sigan por do quiera que se oculte, respondió Santiago Plugastec con acento esforzado.

Levantaron en seguida al mal ferido caballero, y entre los gritos y los insultos de los espectadores se alzó una voz, la del duque de Lancastre, que le intimó orden de salir al punto de la liza y tomar el camino de Inglaterra. En seguida mandó reconstruir la casa de Santiago á costa de sir Tomás, y ordenó á sus tropas le respetasen siempre, fueran los que quisieran los sucesos de la guerra.

La casa del honrado Plugastec subsistió hasta dos siglos despues de la muerte del caballero Duguesclin, con esta inscripción en inglés, francés y breton:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

EJECUCION A BORDO.

Eran las ocho de la mañana, y el pabellon de castigo flotaba á merced del viento en el palo mayor de un navio, cuando sonó un cañonazo. Esta señal anunciaba la ejecucion de una sentencia del tribunal militar. Dos jóvenes marinos condenados á muerte por haber herido á uno de sus oficiales, y que gemian encadenados en la sentina, conocieron á esta explosion, que las mal cerradas aberturas de su prision les permitió oír, que el momento fatal había llegado.

Uno de ellos, llamado Strange, arrojándose en los brazos de Wild, su compañero de infortunio, exclamó:

—¡Dios mio, tened piedad de nosotros! nuestra carrera y nuestras desgracias en el mundo han terminado.

Wild aparentaba tener mas calma, y su impasible fisonomia revelaba una estoica resignacion.

En aquel momento el capitan del buque entró en la prision, abrió el candado que cerraba de un extremo á otro de la barandilla, y mandó á sus soldados que condujesen los prisioneros al castillo de popa.
Allí tuvo lugar una escena imponente y difícil de describir. El cielo estaba sereno, la mar tranquila, y el céfiro mecía muellemente los pabellones de los navios, cuyas vergas estaban cruzadas; los equipajes como los días festivos colgados de los obenques parecian un enjambre de abejas. Una numerosa guardia de marineros estaba sobre las armas á bordo de cada bajel junto á las balastradas; pero á bordo del que contenia los prisioneros, se había situado en el castillo de popa. Treinta botes mandado cada uno por un teniente y un cabo, custodiaban el navio, manteniéndose siempre á corta distancia de él.

A los agudos sonidos del pito del capitan y del contra-maestre, los marineros alzaron las escotillas... la hora del castigo había sonado.

Despues de cinco minutos de un silencio desgarrador, se oyeron algunos sollozos y las pisadas de la guardia que subia la escalera: bien pronto se la vió aparecer conduciendo á los dos jóvenes condenados, que ocuparon sin decir una palabra el sitio que se les había designado: un oficial leyó en alta voz la sentencia del tribunal militar, y la orden de ejecucion dada por el comandante en jefe. Despues de esta lectura el capellan del navio recitó las preces y salmos de costumbre, que escucharon todos los circunstantes con religioso recogimiento, y preguntó á los condenados si estaban dispuestos, á lo que respondieron afirmativamente. Todos los ojos estaban fijos en estos infelices destinados á abandonar ignominiosamente la vida, cuando apenas habían disfrutado de un tercio de ella. Antes de marchar al suplicio pidieron un vaso de vino, que en seguida les fué otorgado, y se pusieron en marcha con la mayor resignacion, despues de saludar respetuosamente al capitan y los oficiales.

Un hombre se les acercó para atarles los brazos con cordeles: antes de separarse se abrazaron los dos desdichados con la mayor ternura, y el capellan les hizo las últimas exhortaciones, mientras el capitan y dos soldados de marina los conducian á lo largo de las balastradas de estribor, sobre las serviolas, al que se subia por cinco escalones. A la estremidad de los brazos de la verga de mesana se habían colocado garuchas por las que pasaba una cuerda que iba á caer de un lado sobre el puente, y del otro sobre el tablado; y enfrente de los reos había un cañon dispuesto á hacer fuego á la primera señal.

Wild no profería una palabra; pero Strange preguntó al contra-maestre encargado de asistirle en sus últimos momentos, si había ligado á bien la cuerda en rededor de su cuello.

—Yo he visto á algunos, le dijo, sufrir horriblemente por no haber creído necesario tomar esta precaucion.

El contra-maestre se apresuró á decirle que haría lo que le mandaba para desvanecer sus temores, y despues cubrió la cabeza de los sentenciados con un gorro blanco, que cayó sobre su vista cuando subieron á la plataforma; en fin, despues de despedirse de sus camaradas, volviéndose al capellan le aseguraron que morian contentos, pues confiaban en la misericordia divina. Entonces se les ató con la cuerda, á cuyas estremidades estaban cogidos treinta hombres... Tomadas estas disposiciones, el capitan agitó un pañuelo blanco, oyóse un cañonazo, y se vió á los dos infelices suspendidos de los brazos de la verga de mesana.

Una hora despues de la ejecucion fueron los cuerpos depositados en un ataúd, y enviados á tierra para su enterramiento.

T. F.

El brujo.

Un gitano que andaba diciendo la buenaventura por las calles, fué preso un día y conducido ante un tribunal. ¿Con que tú sabes leer en el porvenir? le preguntó el presidente, hombre de bastante agudeza, pero demasiado chancero para ser magistrado.

—Sí, señor Presidente, contestó con gravedad el gitano.
—En ese caso, ¿sabes cuál es la sentencia que vamos á pronunciar?

- Seguramente.
- Y ¿qué te va á suceder?
- Nada.
- ¿Estas seguro?...
- De que van ustedes á ponerme en libertad.
- ¿A ponerte en libertad?
- Sí señor.
- ¿Por qué?
- Porque si hubieran ustedes de condenarme, no insultarían á la desgracia con la ironía.
- Avergonzado el magistrado se volvió hácia los demás jueces, y el brujo fué puesto en libertad.

Juan VII, rey del Brasil.

Juan VII, rey del Brasil, era demasiado indulgente; cierto día le presentaban para que firmara la sentencia de muerte de un hombre llamado *Prior de la Misericordia*, á quien se había encontrado bebiendo la sangre de un sacerdote, despues de haber sido indultado por el asesinato de una muger embarazada; el reo se echó á los pies del monarca pidiéndole perdón.

—No le indulteis, dijo el conde *Dos Arcos*, este miserable ha cometido un crimen horrible.

—¡Uno! replicó el rey, ha cometido dos.
—No señor, uno solo: el segundo es V. M. quien le ha cometido, porque no debió perdonar el primero á tan gran criminal.

El delincuente fué ahorcado, y el conde *Dos Arcos* permaneció en favor.

UN SUEÑO.

De la vida en el hondo Oceano
Flota el hombre en perpétuo vaiven.
Dicha es soñar y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido.
ESPRONCEDA.—*El diablo muneé.*

I.

Por buena ventura mia hubiera tenido, lector ó lectora, quien quier que seas, amable ó descontentadizo, la de no tener hoy necesidad de dirigirte la palabra, puesto que á decir verdad, segun lo que sobre esto se me alcanza, yo hubiera ganado mucho con no hacerlo, y tú nada hubieras perdido. Pero has de saber que por mis pecados seguramente no há mucho tiempo que tuve la desgracia de conocer á cierto abate, hombre burlon, caprichoso y exigente en demasia; aunque de conversacion sabrosa y amena, de tan torcido cuerpo como derecho juicio, y de tan hermoso corazon como desairado rostro. Este hombre, á quien tú conoces, y del cual puedo afirmarte eres muy querido, reúne á la cualidad de ser director del *Sobrino*, la de mandar en mi voluntad con un despotismo tal, que segun pienso yo á veces, debe estar prohibido hasta por la Constitucion. De mí sé decir que nunca me atrevo á contradecirle, y que así me mandara beberme un vaso de agua como enojarme contigo, que ya es mandar, servido sería del mismo modo. Hará tres noches, pues, que por mi mala ventura tropecé con el abate de que te hablo, en cierto coliseo tan mal parado hoy por pecados propios, como quizá lo quedés tú despues de la lectura de este mal hilvanado artículo por los agenos. Apenas me vió enderezó hácia mí con cierta sonrisa burlona, que la verdad sea dicha, no es de las señales que mas me agrada ver en su semblante. Saludóme con grandes ademanes de cariño, y al despedirse me dijo en tono sentencioso y grave: «Necesito un artículo para mañana, tú me lo escribirás.» Mal parado puedes creer, lector, que me dejó á mi tambien la imperiosa petición de mi amigo, tanto que ni aun ánimo tuve para detenerlo y darle una negativa tamaña, como su descomedimiento en la petición merecía. Tornéme pues á mi casa mal avenido conmigo mismo por mi falta de resolucion, y llegado que habe, con todo el fervor que me fué dado comencé á implorar el auxilio de las *nueve hermanas* y del rubio Apolo,

Bermejazo platero de las cumbres,
A cuya luz se espulga la canalla (1);

ni quedó oráculo ni poeta de la antigüedad, por pequeño que fuese, á quien yo no encomendara mis súplicas; pero todos, lector queridísimo, se mantuvieron sordos, tan sordos como un mal ministro á los clamores del pueblo, ó un mal poeta á los consejos de la amistad. En tal estado las cosas, y siéndome imposible no solo escribir, pero ni aun separar de mi memoria ciertos versillos de Cervantes, que dicen si no me engaño,

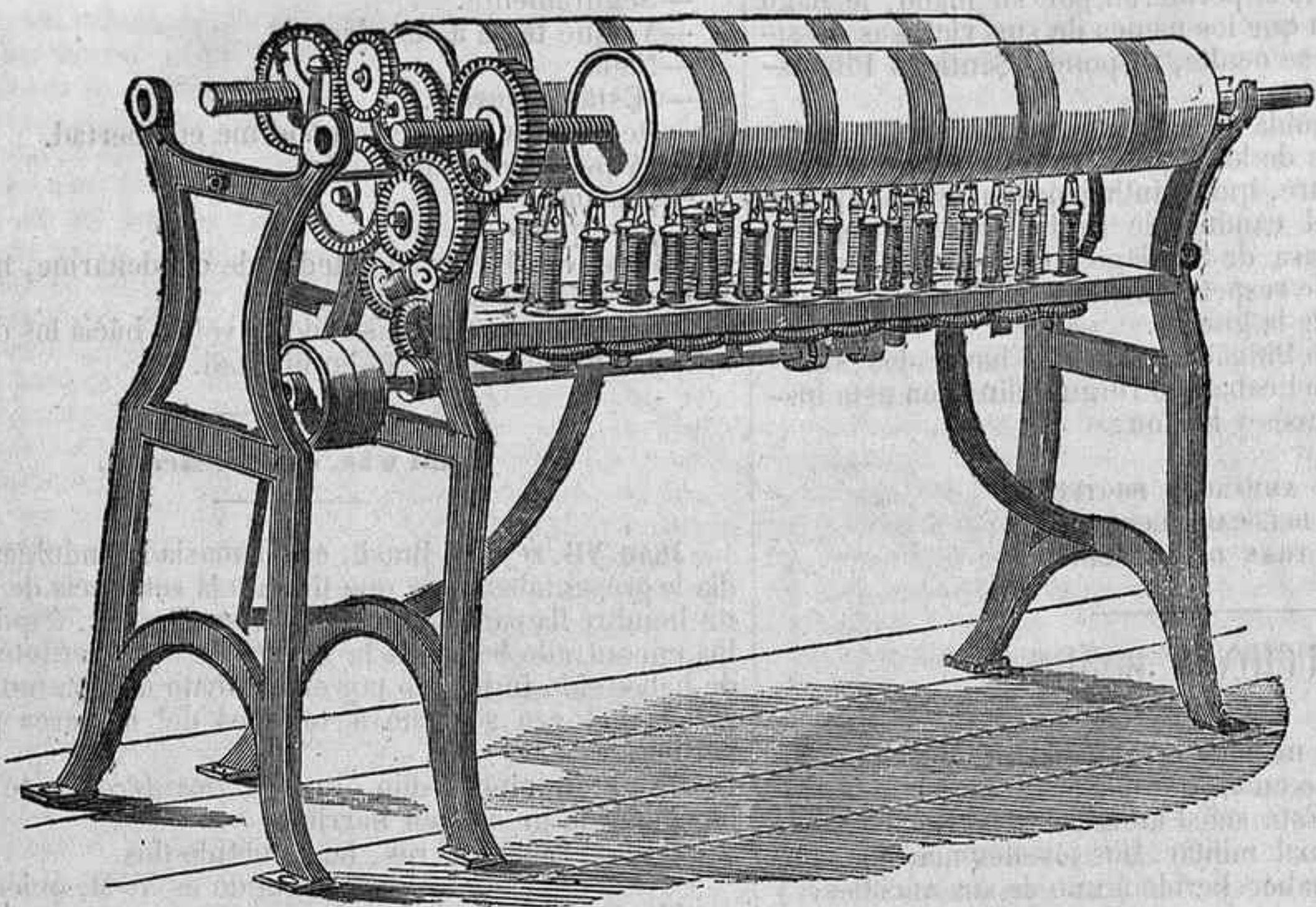
El que escribe neceda
dalas á censo perpé:

y que no parece sino que se habían empeñado en seguirme, como el remordimiento al crimen; determiné desobedecer por primera vez en mi vida á mi amigo el abate, y tomada firmemente mi resolucion, apagué la luz, dormíme y soñé. No fué poco mi alborozo cuando al despertar vi que al fin el dios de Delos había escuchado mis súplicas y dádomo un sueño, que bien pudiera servirme para un artículo; púseme á hacerlo al punto, y ahí te lo mando, no tanto por cariño á tí, lector piadoso, como por librar mi alma de los remordimientos que la asaltaban, nacidos sin duda de mi proyecto de desobediencia al abate nuestro amigo.

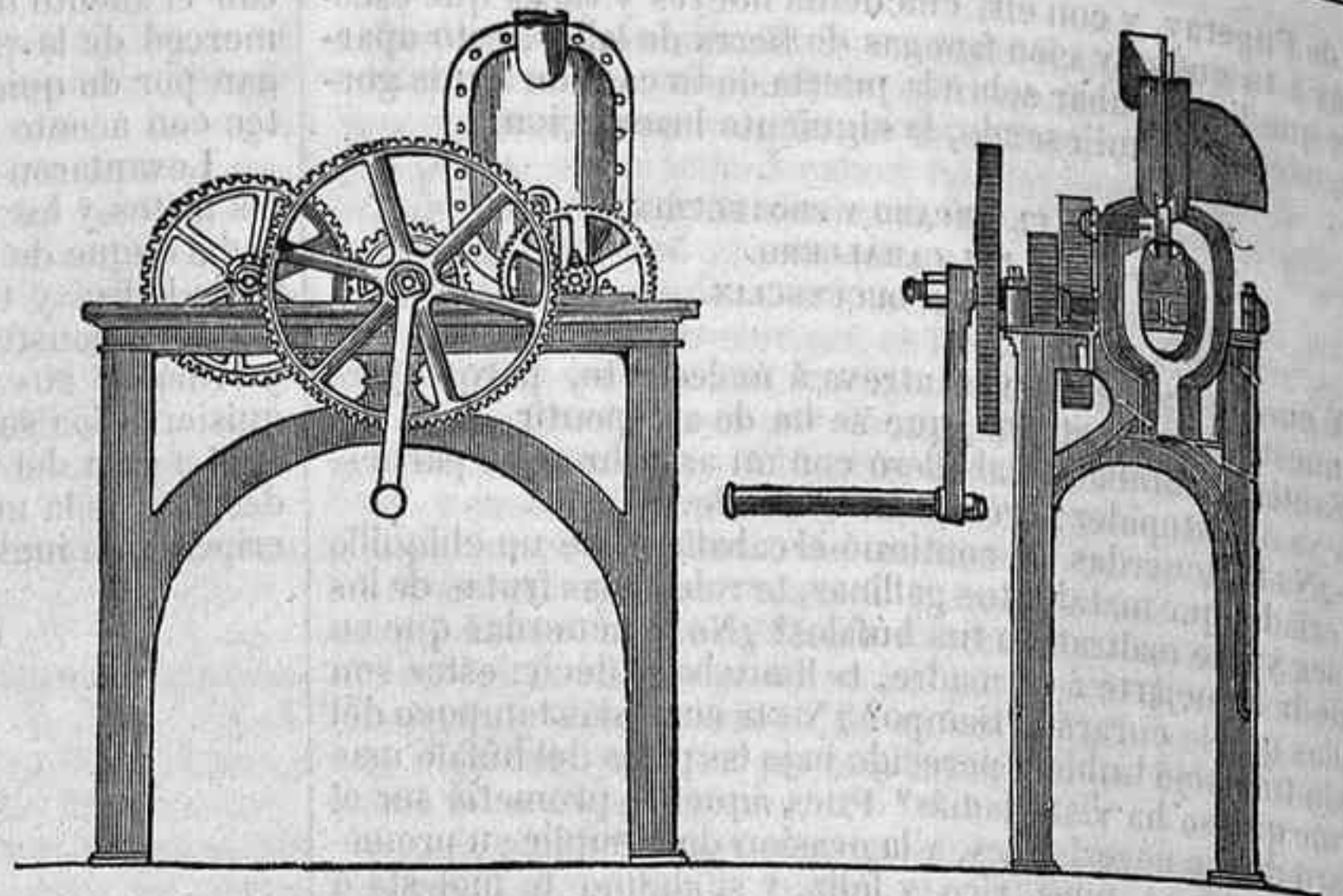
II.

Es esa hora en que la luna meciéndose entre fantásticos celajes derrama su ceniciento resplandor sobre la tierra. El mundo calla; la naturaleza entera parece dormir. Suave el aura viene á esconderse entre las flores, y á su paso hace

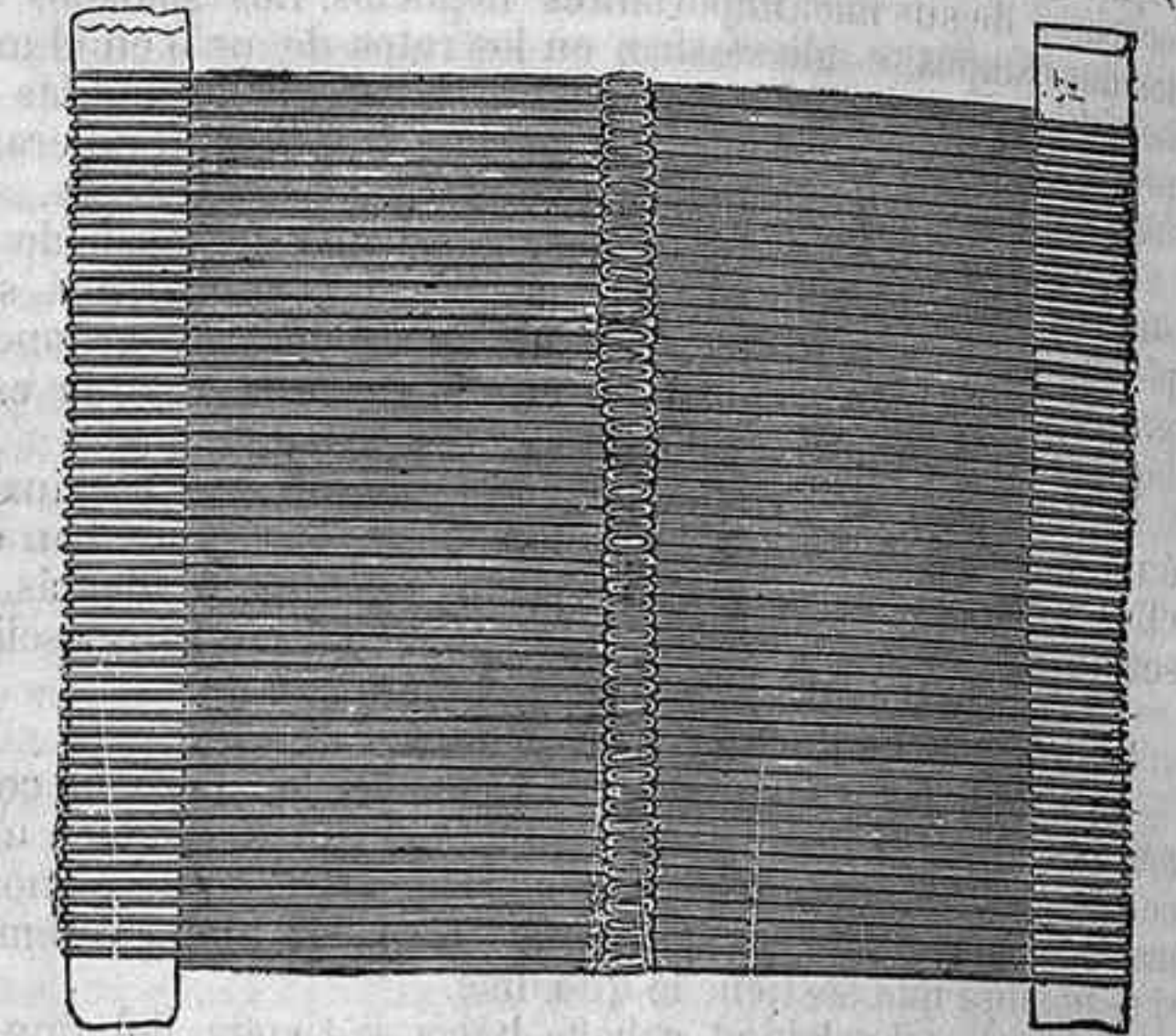
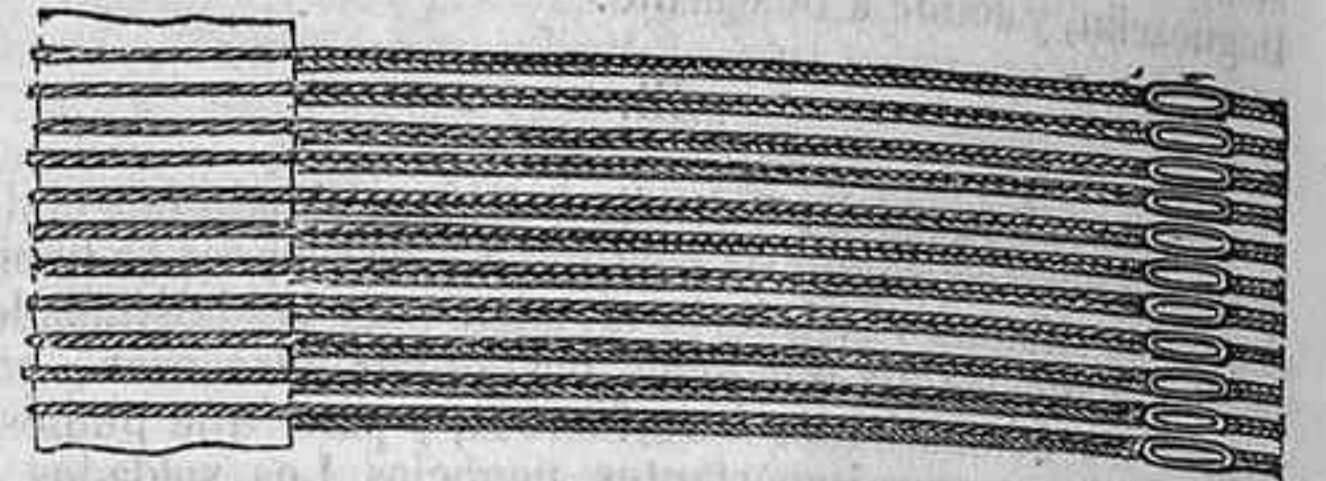
(1) Quevedo.



Máquina para devanar seda.



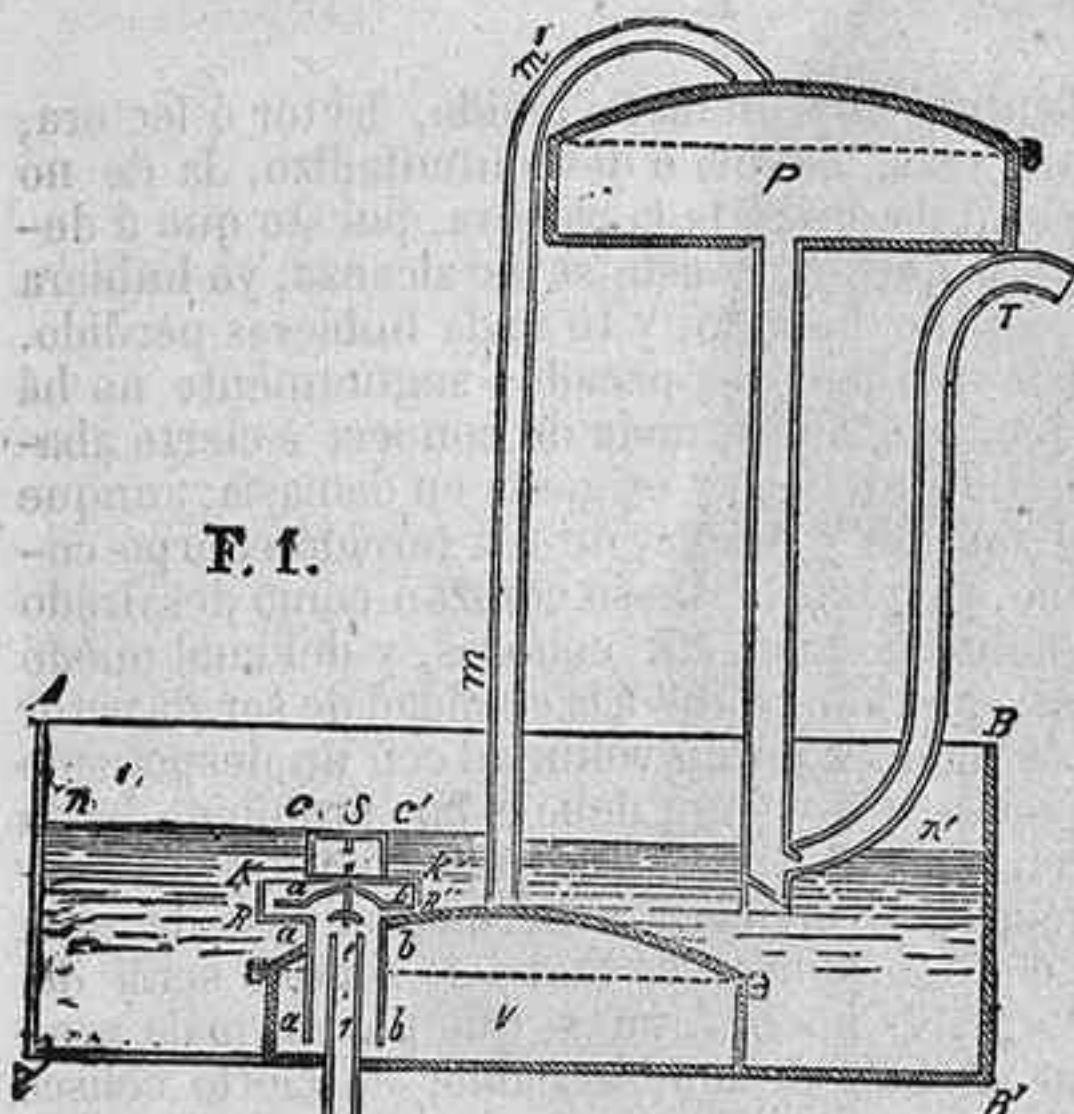
Bombas de rotacion.



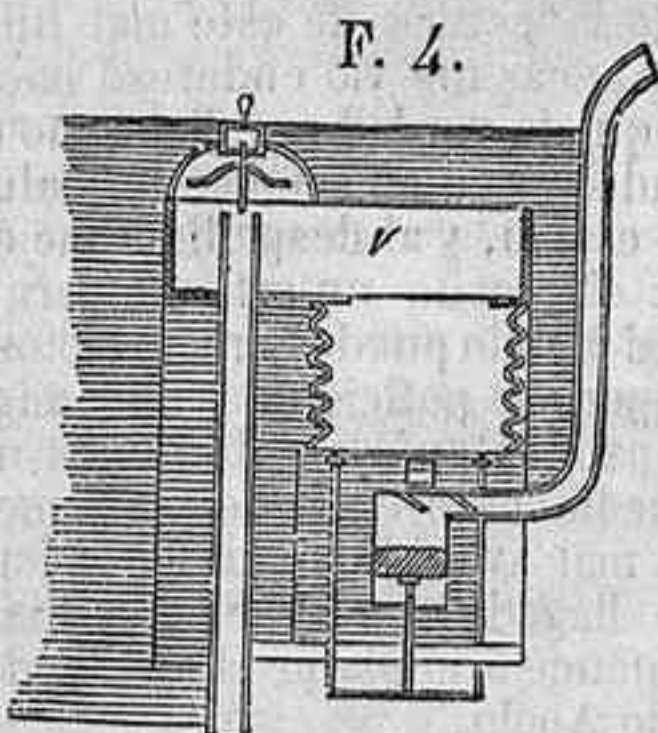
Máquina para devanar seda.

vacilar lentamente las flexibles copas de los árboles, que se elevan en el espacio á manera de caprichosos y negros gigantes. Lejano y confuso se oye el rumor de algunas voces; ecos que progresivamente se debilitan, se pierden... Un hombre encorvado por la edad y apoyado en un nudo-

so báculo, camina con paso acompasado y firme por medio de los campos; los añosos robles inclinan sus ramas, y cual tributo de lágrimas, alfombran con sus secas hojas la fresca y esmaltada pradera; algunas flores abren sus aromados cálices, y entregan sus primeros perfunes al viento; otras se doblan

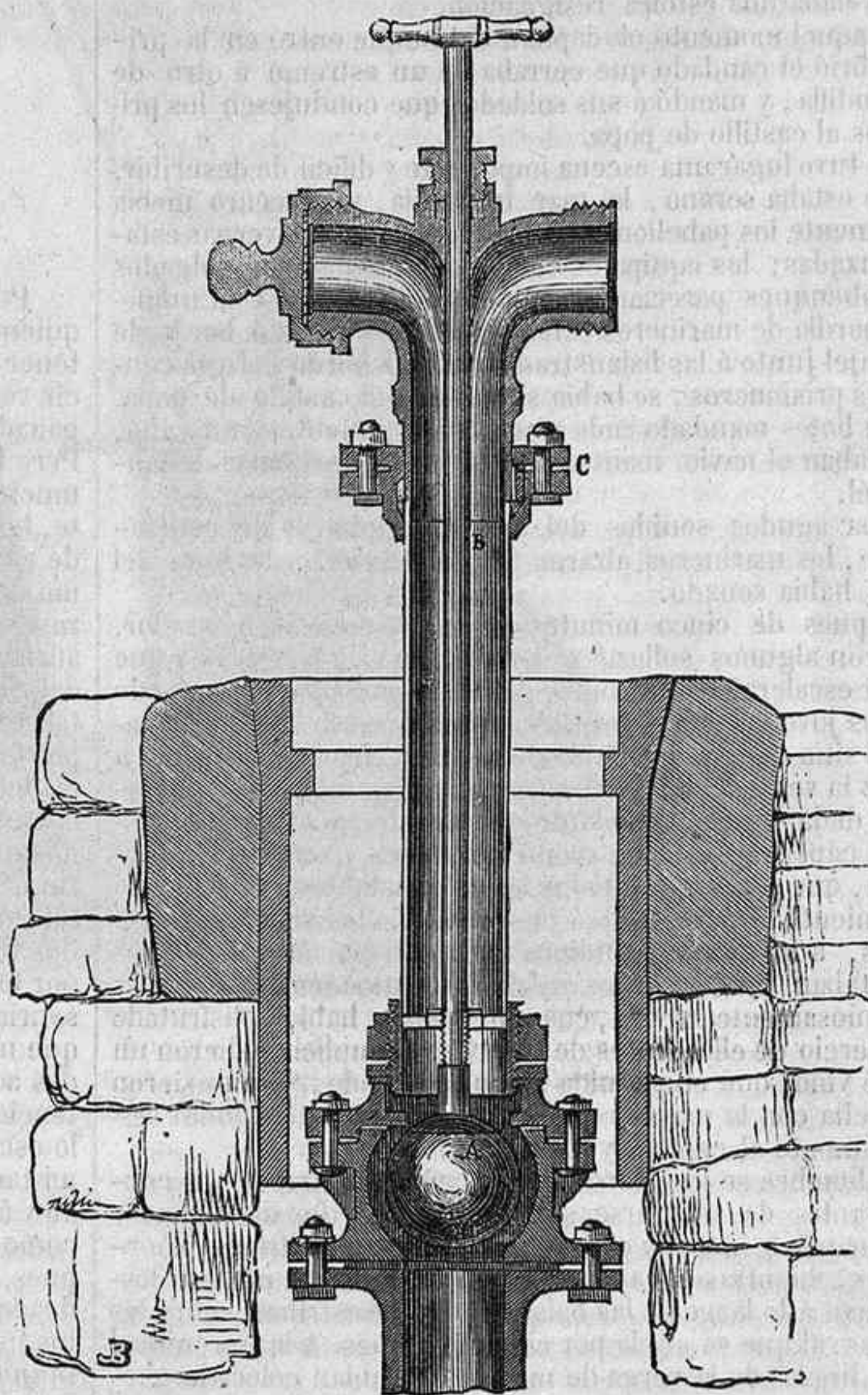


F. 1.

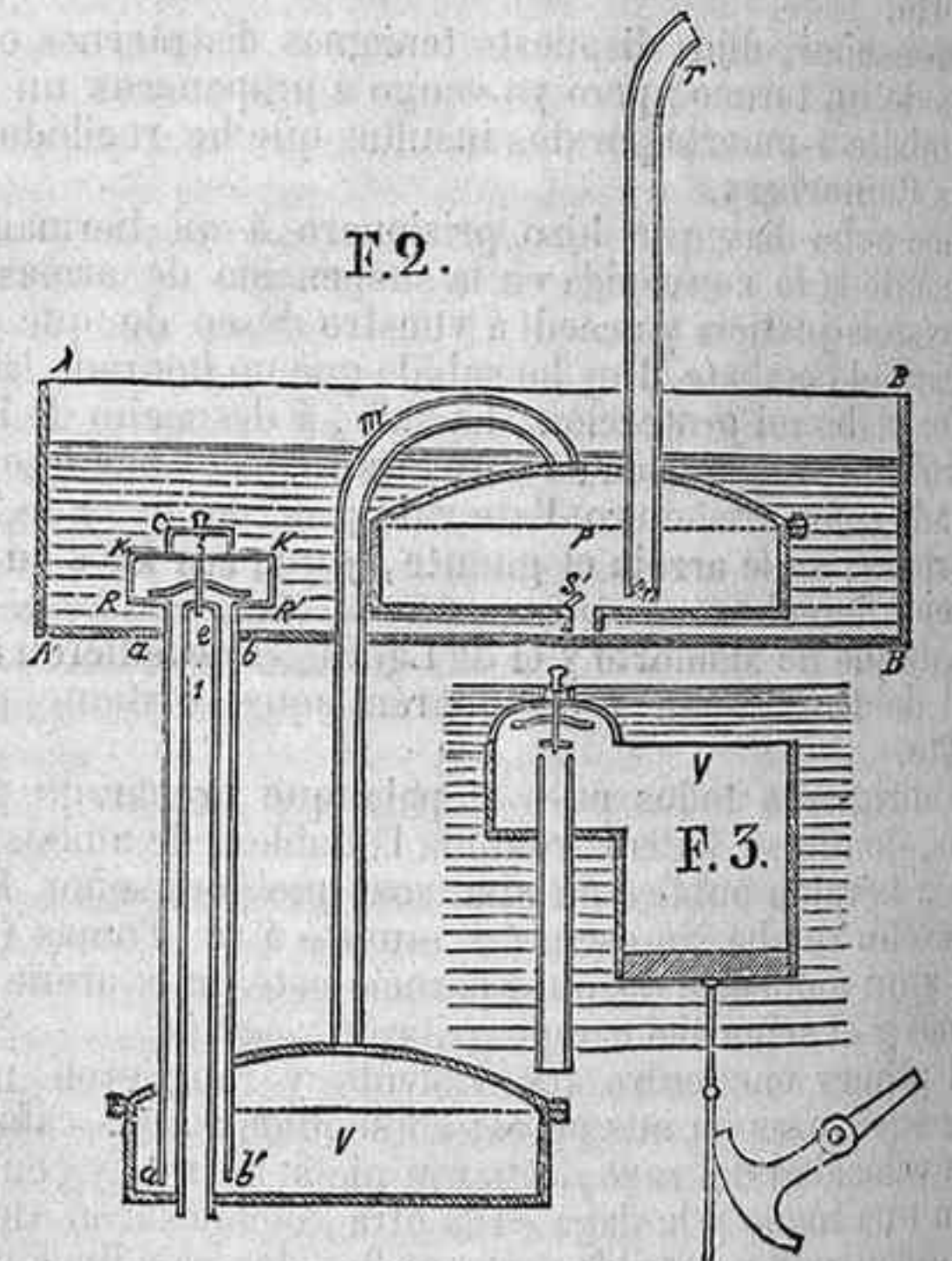


F. 4.

Máquinas hidro-neumáticas.



Máquinas hidro-neumáticas.



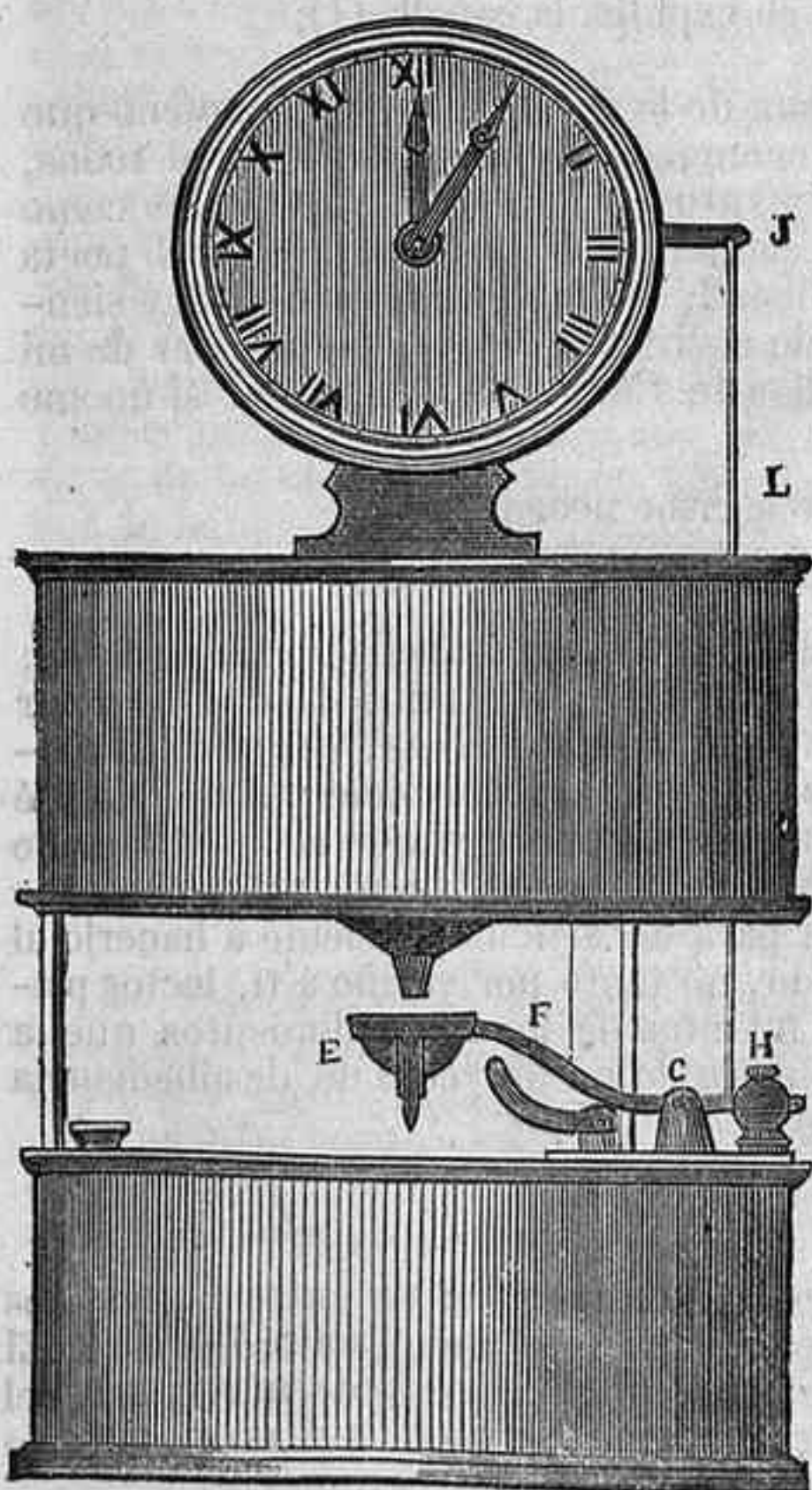
F. 2.

F. 3.

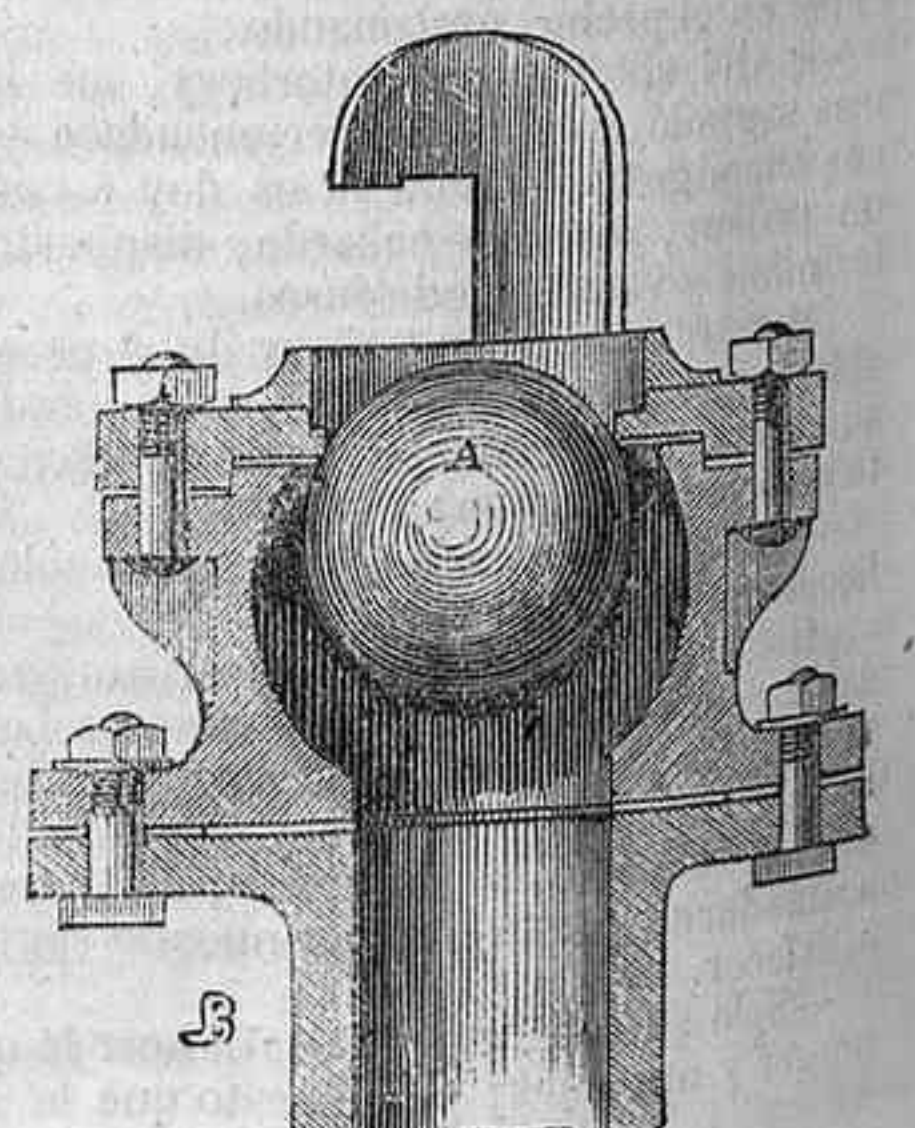
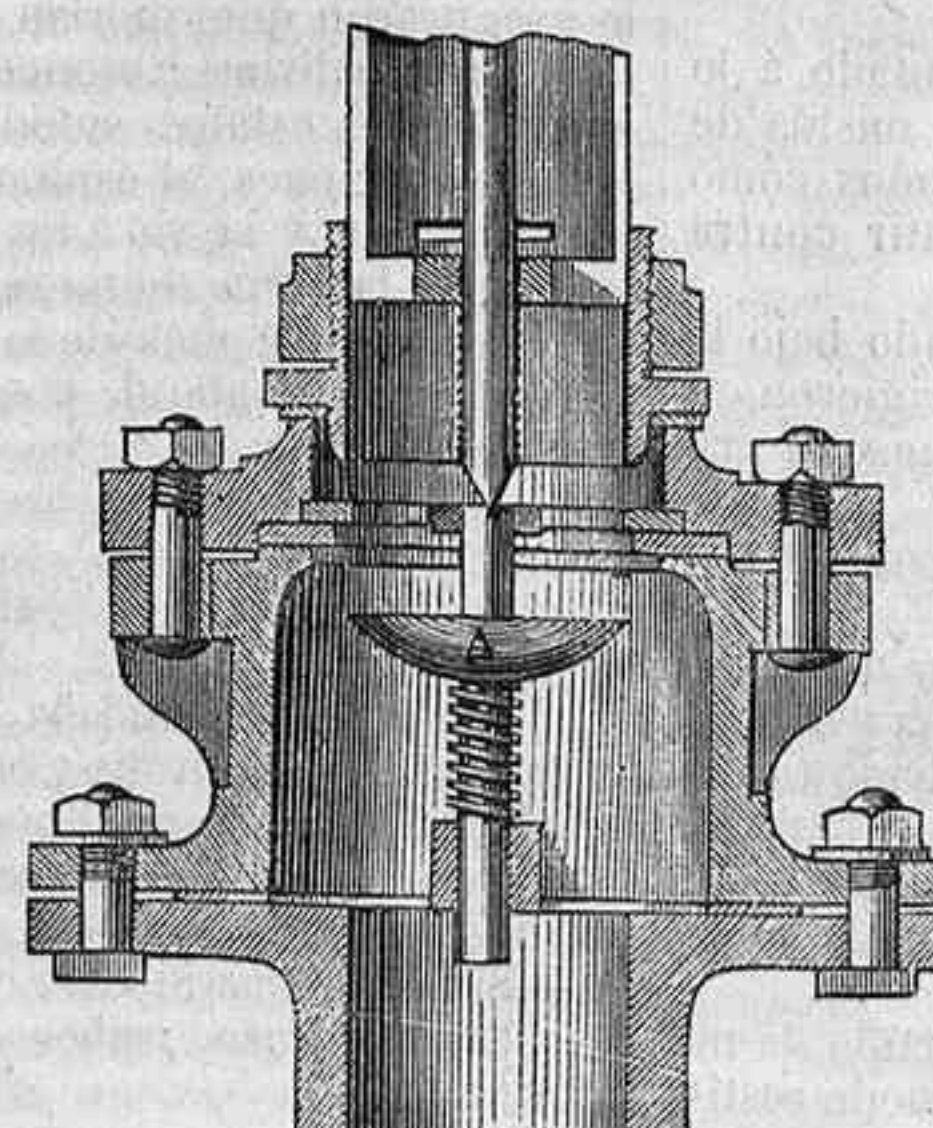
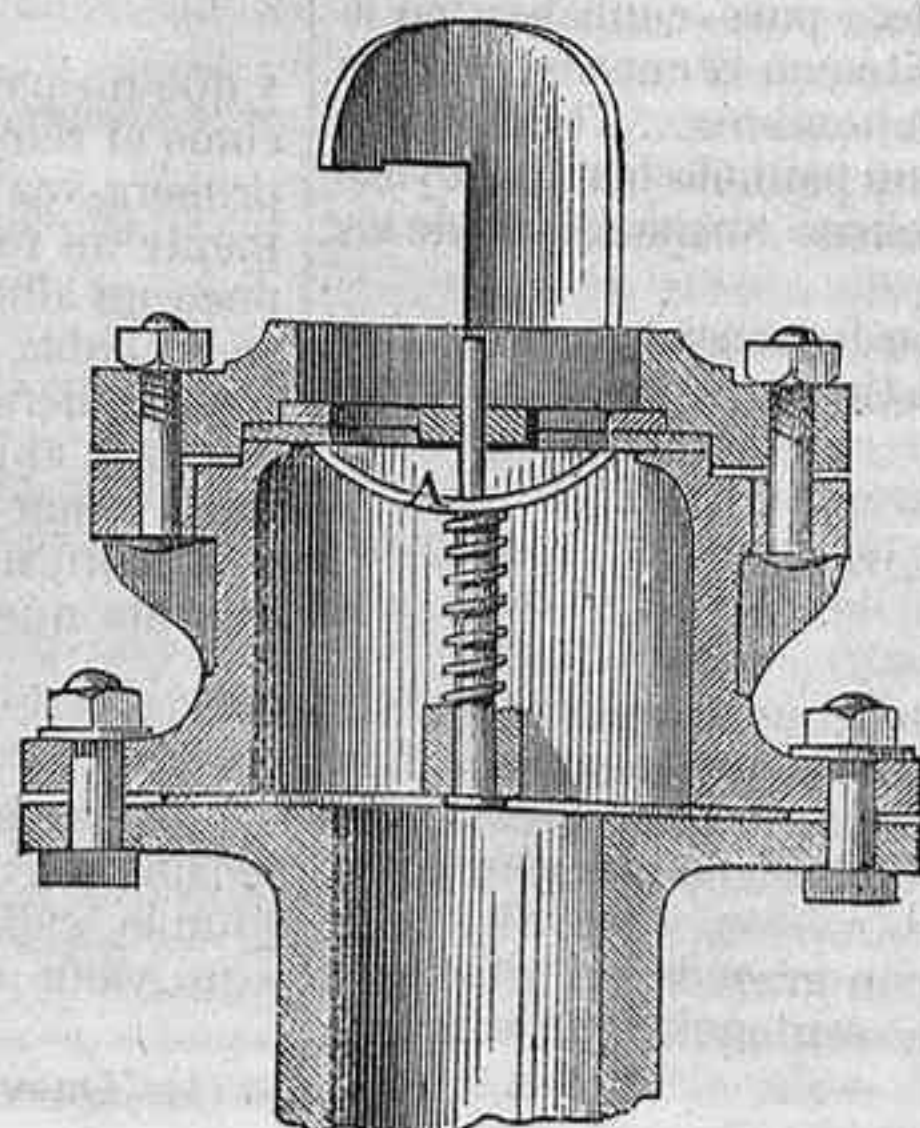
sobre su tallo, parece que saludan melancólicamente al viajero: este sigue su marcha. Una turba de hombres y mugeres le sigue en silencio; de vez en cuando elevan sus ojos al cielo, sus labios dejan escapar ecos ahogados, en sus miradas brillan la esperanza y el miedo... lloran! Aquella turba pasa, el rumor de sus súplicas se oye ya lejos; otra le sigue; algunas de las mugeres de esta, miran pesarosas su ajada belleza en los arroyos y fuentes que encuentran al paso, vuelven afligidas sus ojos á los sitios que abandonan; sin duda recuerdan algun ob-

jeto querido del cual las separa la fuerza que impulsa su marcha: otras rien; otras caminan silenciosas fijando sus miradas en las huellas que deja la turba que ha pasado. Los hombres solo se miran ellos mismos, y sus ojos revelan la desconfianza y la cautela. Un momento se paran... ha muerto uno! Luego siguen su marcha.

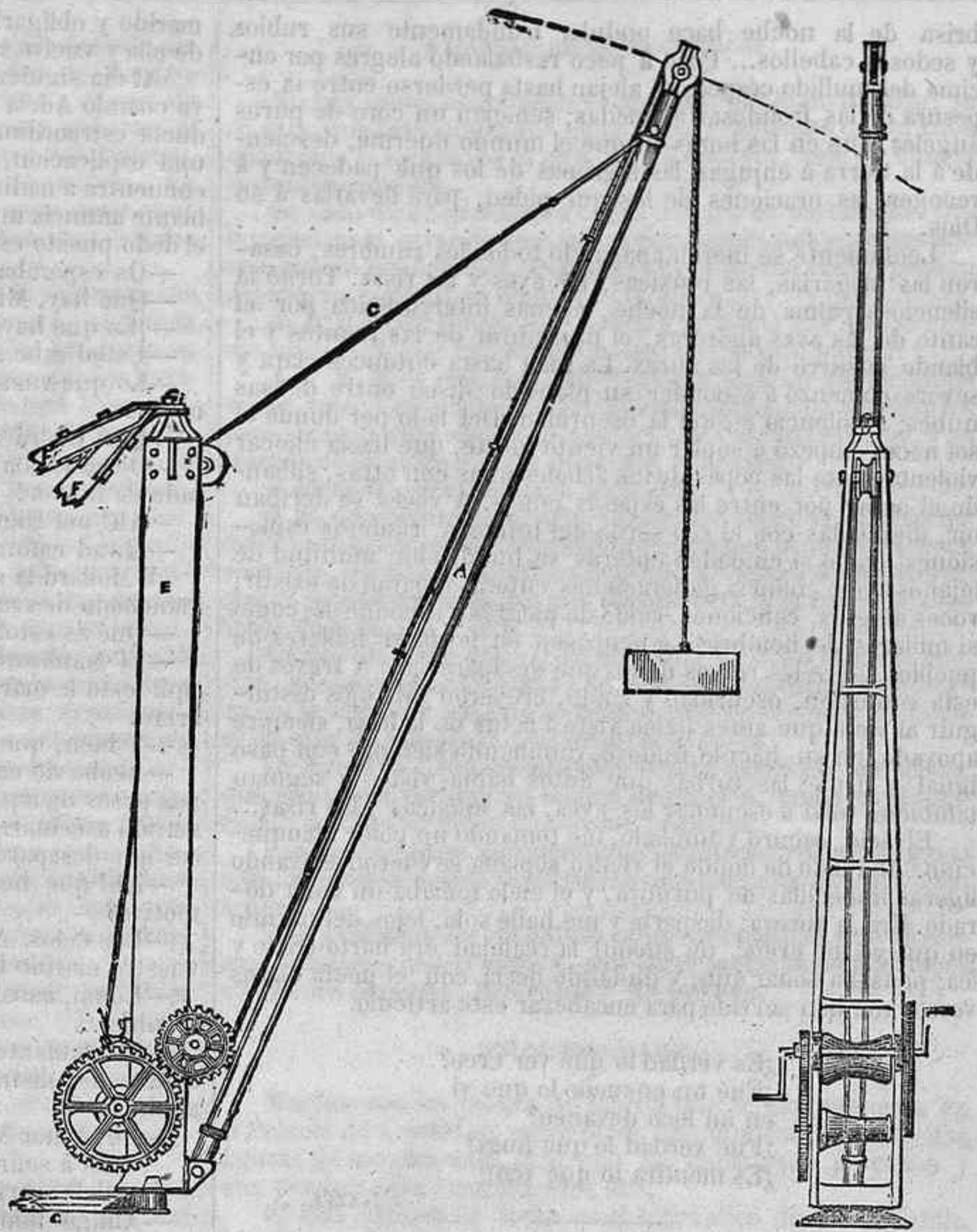
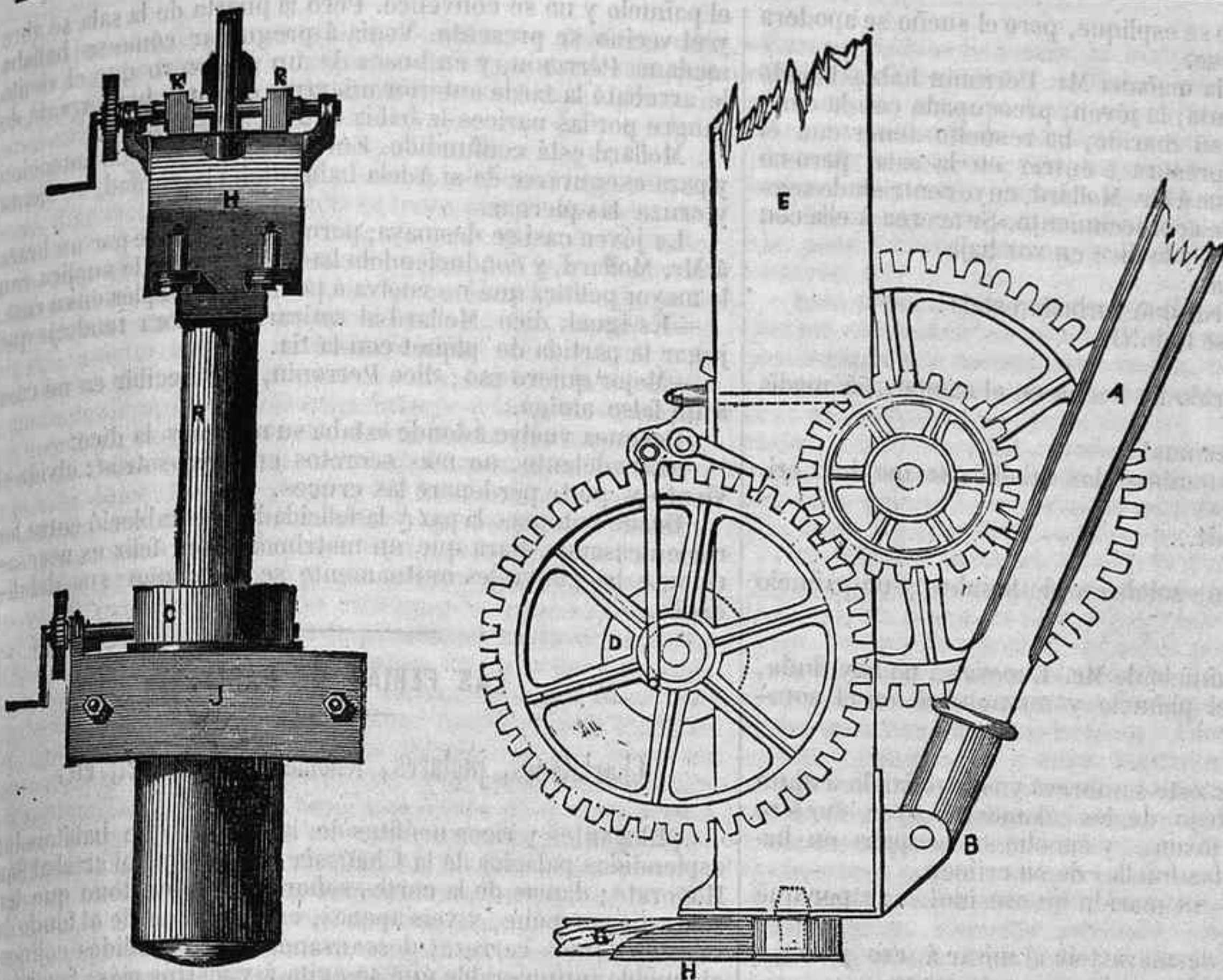
Una muger joven y hermosa está apoyada en la losa que cubre los despojos del que murió... llora!



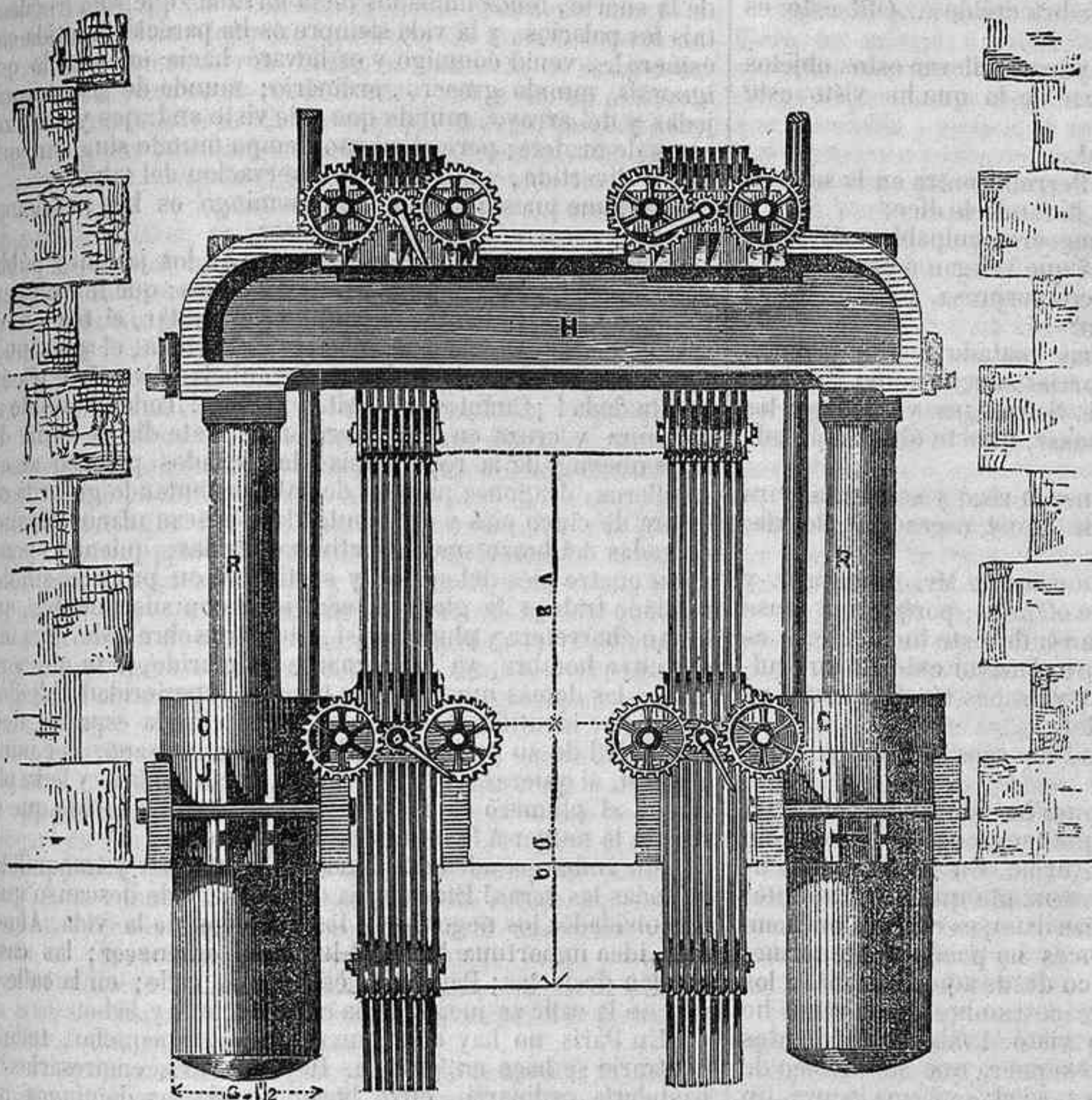
Reloj hidráulico.



B



Grua de Henderson.

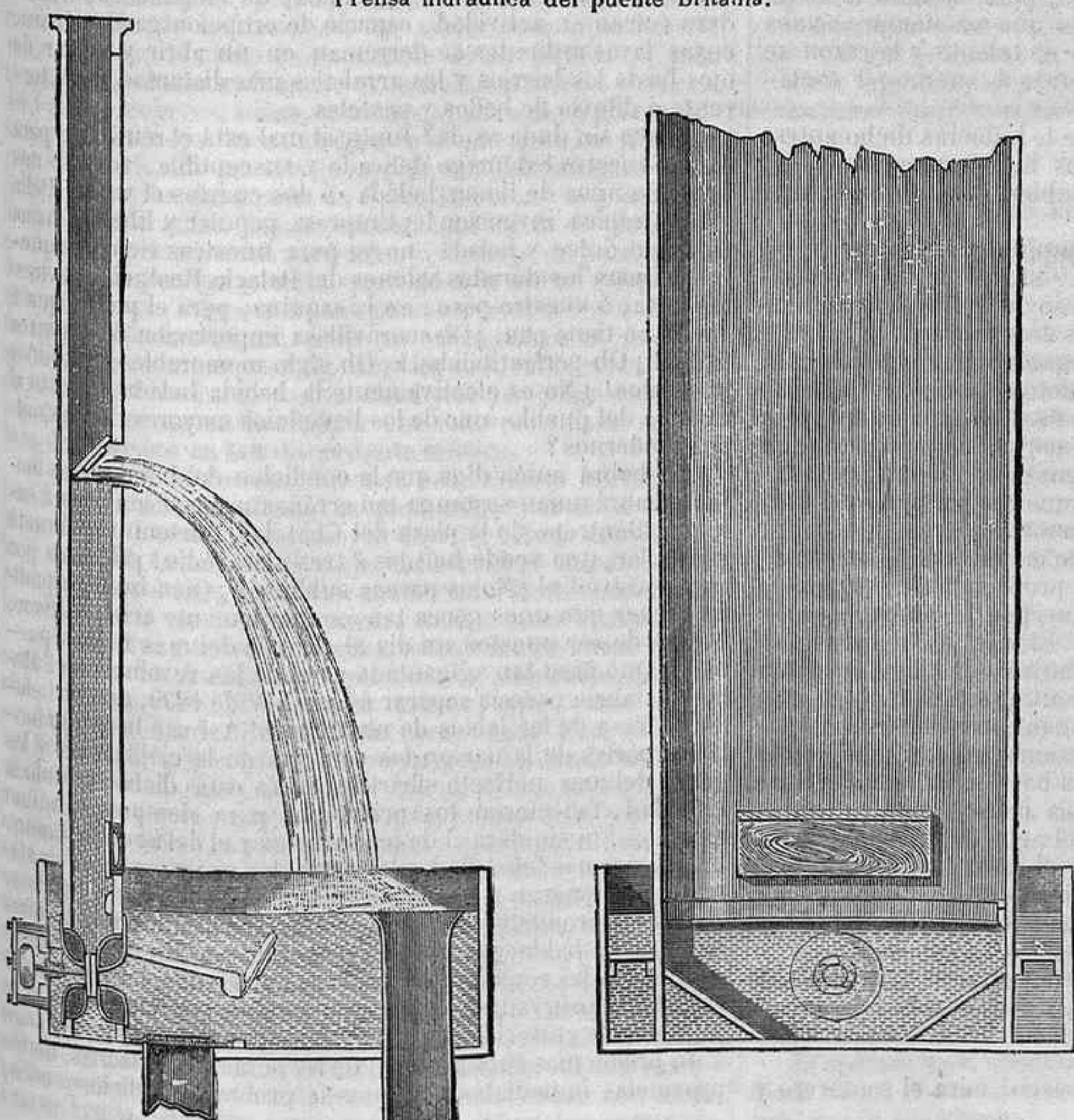
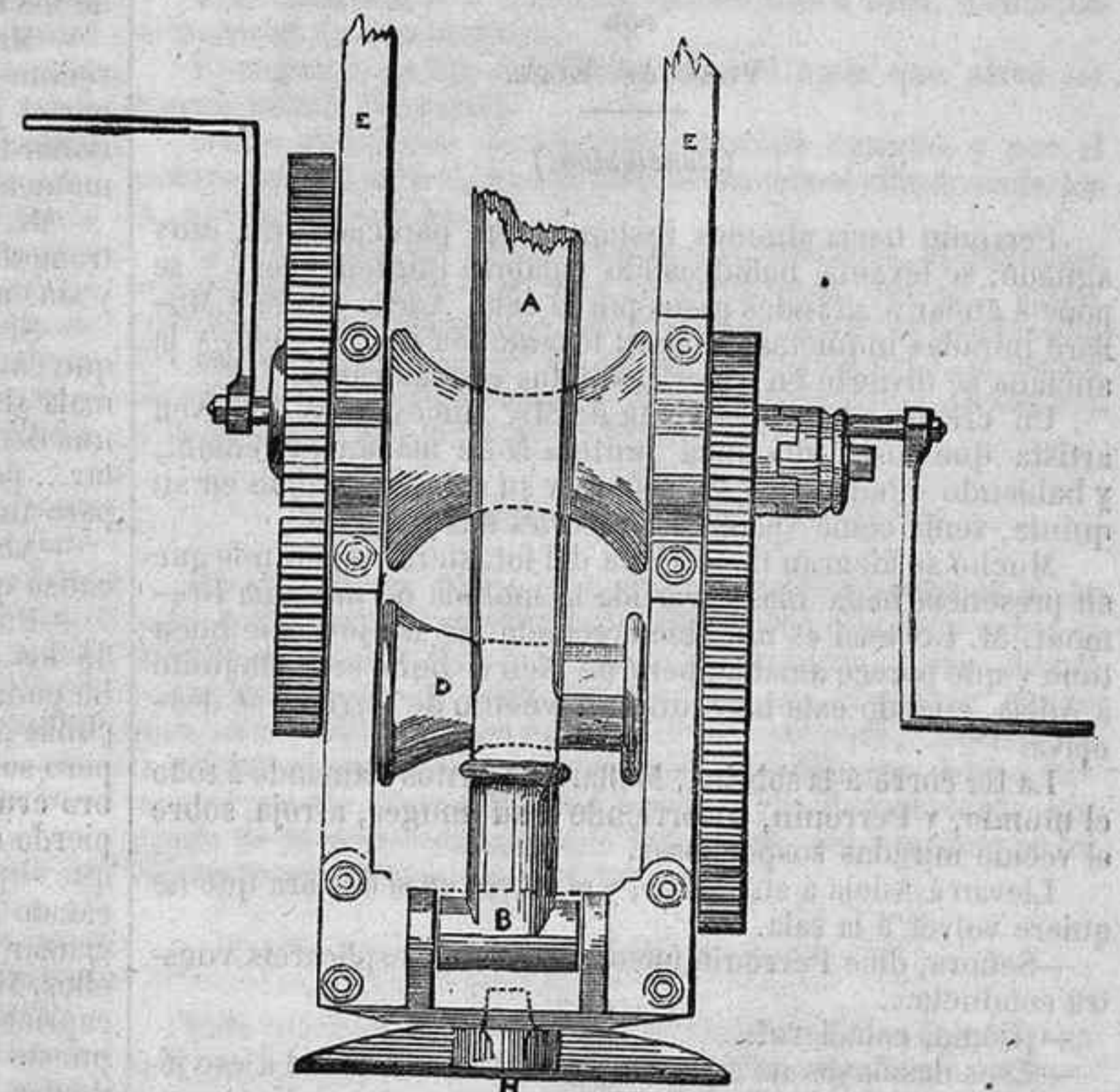


Prensa hidráulica del puente Britania.

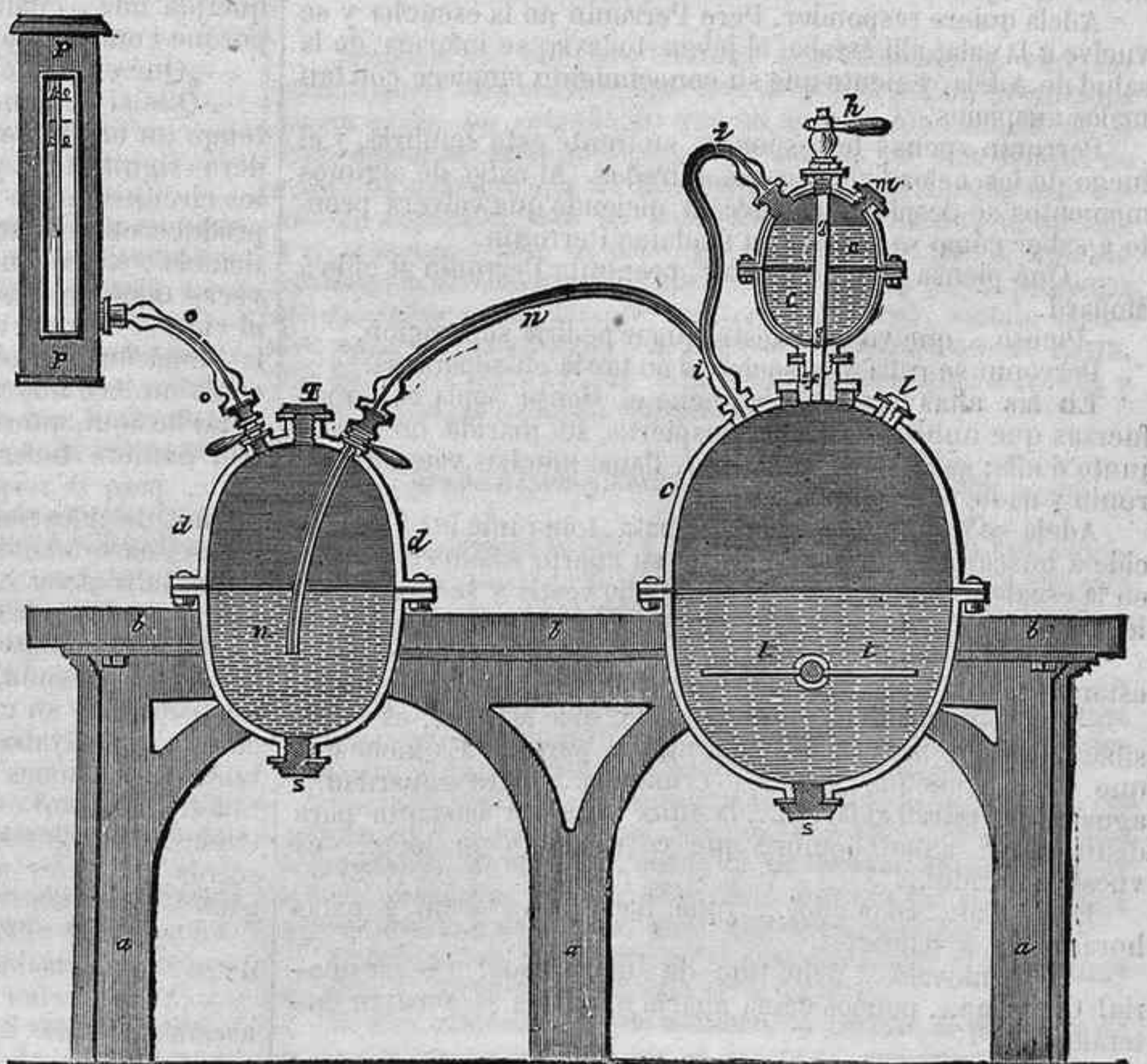
Las risas de la turba que sigue vienen á ahogar sus suspiros. Multitud de parejas coronadas de flores se adelantan hácia aquella muger: el ruido de las músicas que los acompañan, se mezcla con las protestas de amor y con el crujir de los ardientes besos; aquí los hombres solo miran á las mugeres, las mugeres solo miran á los hombres: algunos suelen mirar al cielo, y con su vista parecen preguntar el fin de su marcha; nada les responde, una fuerza secreta los impulsa; pasan por encima de la losa del que murió, nadie se para, siguen su marcha entre risas... La muger que lloraba sobre el sepulcro ha desaparecido; ha sido arastrada por la turba, forma una de sus parejas, vedla, tambien rie!...

Aun se oyen por intervalos las alegres y ruidosas risas de la turba que ha pasado, aun se distinguen mezcladas con los débiles ecos de las músicas, sus confusas voces: lentamente se van perdiendo estos rumores; apenas se percibe ya el blando murmullo que el viento ahoga por intervalos, que al fin estingue.

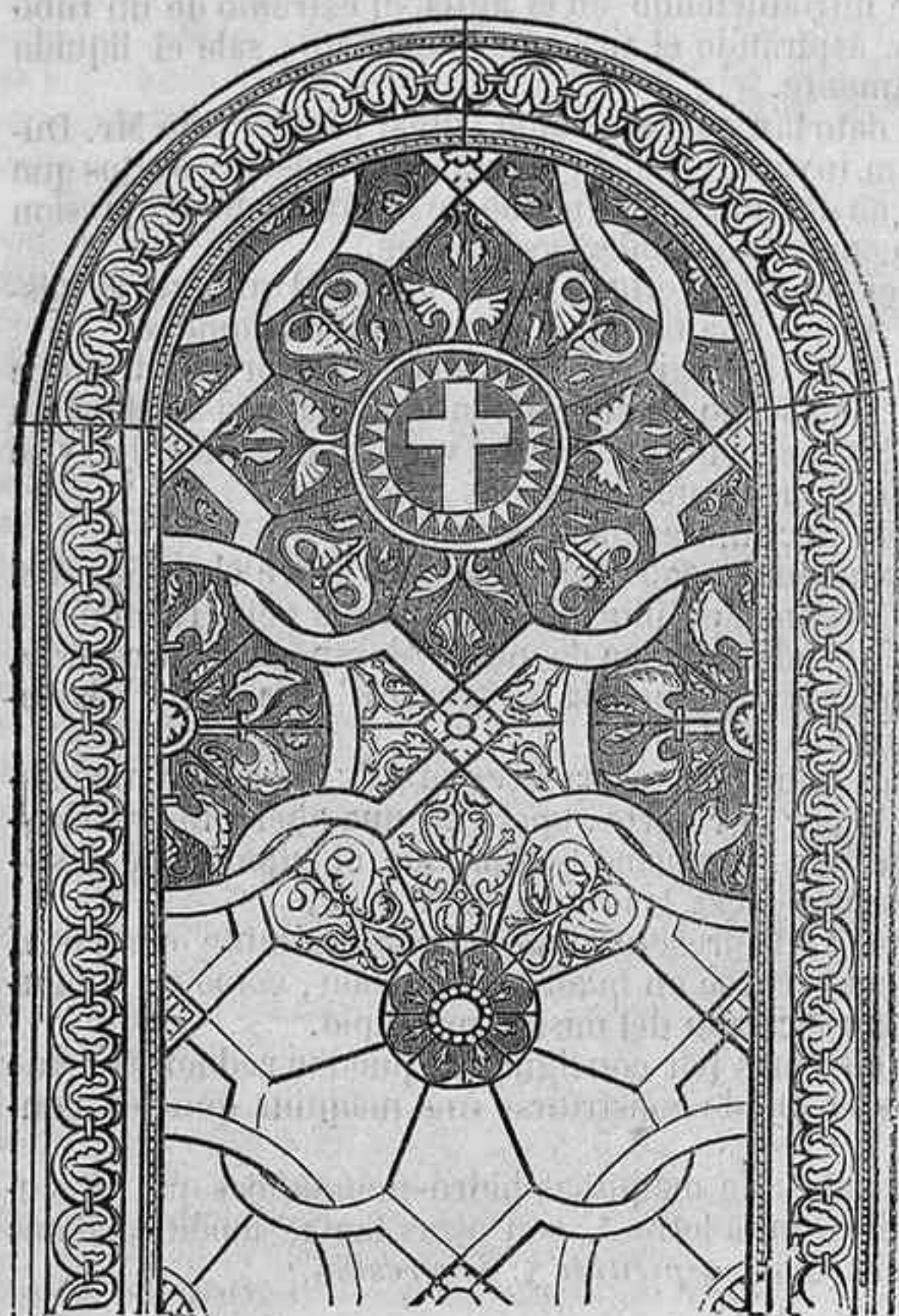
Un grupo de graciosas niñas se adelanta por el camino que siguen las turbas anteriores; rien, pero su risa es inocente como sus corazones, sus miradas son puras como sus almas; fijan sus ojos en el cielo, pero es para ver pasar algun ligero vapor que empaña por un momento la límpida faz de la luna. Vedlas cuán embebidas la contemplan, en tanto que la fresca



Bomba de rotacion de gran cilindro.



Aparato para líquidos gresosos.



Dibujo sobre cristal.



Hebe y el Aguila de Júpiter.



Agnus-Dei.

por un tubo H que tambien se abre y se cierra cuando se quiere.

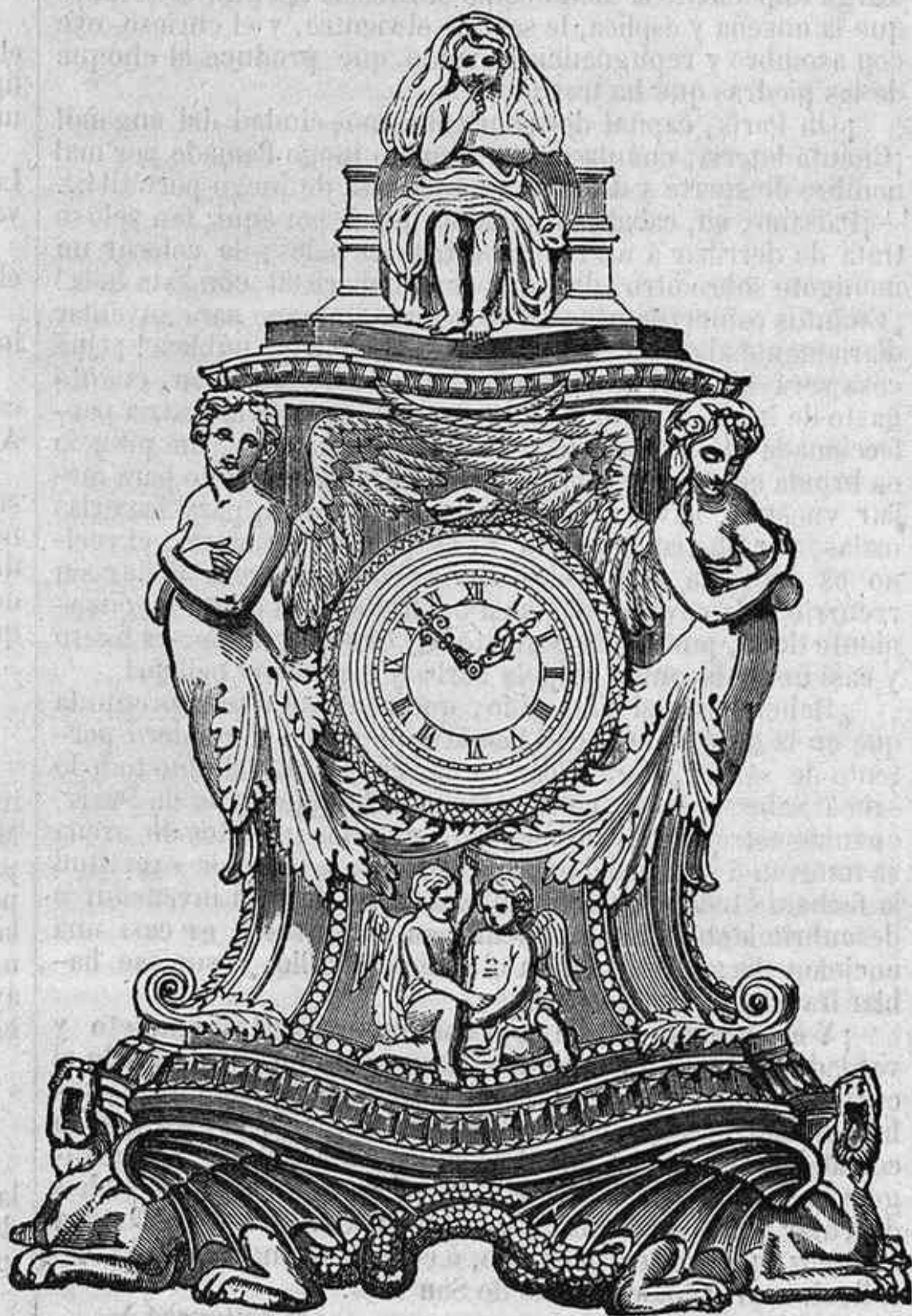
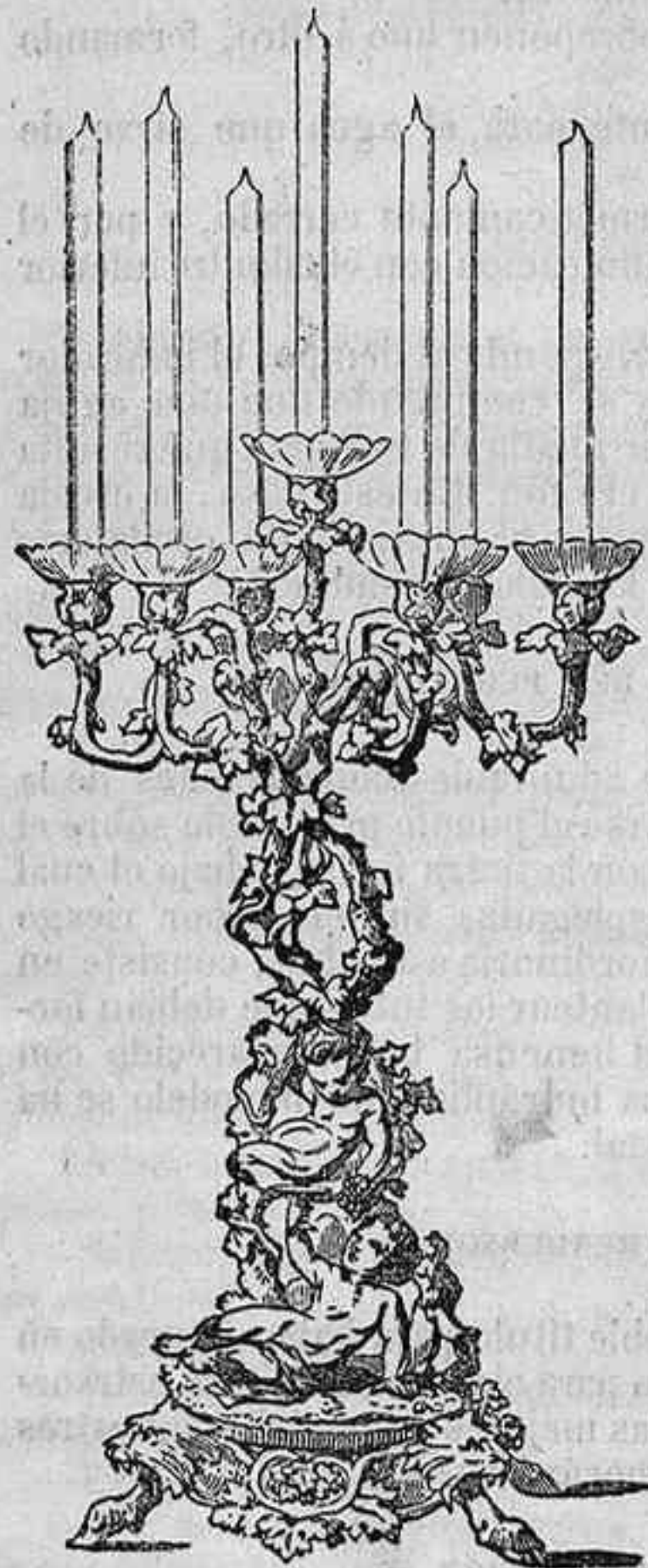
Dados estos pormenores, la operacion es muy sencilla. El generador encierra el agua y la cal, que se mezcla convenientemente, á fin de que una vez pulverizada esta, permanezca en suspension todo el tiempo necesario. Se introduce el ácido, se opera la efervescencia, se desarrolla el gas, llena la cavidad del generador, y todo queda terminado.

VIDRIOS DE COLORES.

Estas obras, de gran mérito, han sido ejecutadas por Gibson. La parte superior representa el Agnus-Dei, cercado por una gloria; otro la Natividad; el tercero la Anunciacion; y el cuarto la Adoracion de los Reyes Magos: hay tambien otro dibujo de capricho. Los colores son ricos, y el fondo que los separa presenta un bellissimo azul de una brillantez y limpieza notables. El diseño de todas las piezas es magnífico.

HEBE Y EL ÁGUILA DE JÚPITER.

Kahszmann es uno de los primeros artistas austriacos, y sus



Re'oj.

obras están impregnadas de poesia. El grupo que ofrecemos es de una ejecucion admirable.

La figura de Hebe es hermosísima; en sus facciones, de una pureza exquisita, se revela la duda, y cuantos la han visto han admirado la perfeccion con que estan trabajados sus mas insignificantes pormenores.

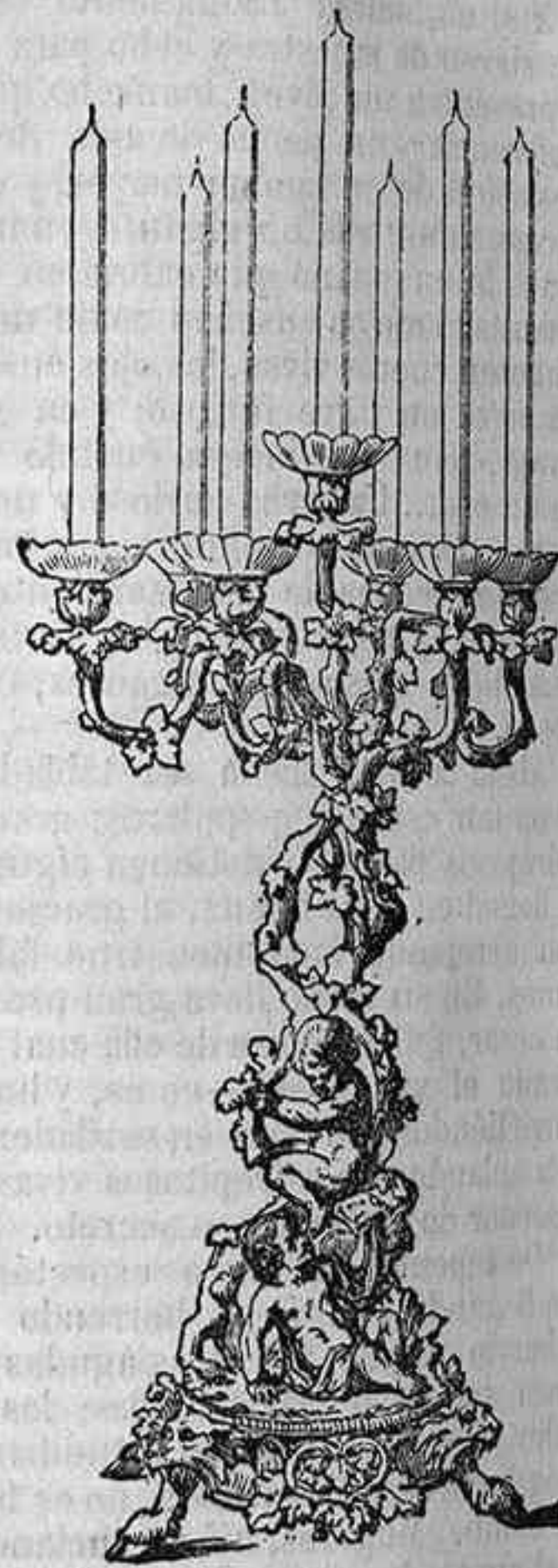
RELOJ POR M. MEIGH.

Esta pieza es de porcelana, y aunque el diseño no es de lo mejor en su género, la ejecucion nada deja que desear. Hay en él cinco figuras principales, dos enormes Chimeras, serpientes y profusion de adornos en todos sus ángulos: el trabajo es por lo mismo sumamente complicado, y compromete mucho la elegancia y el buen gusto del objeto.

Se notan en esta obra los grandes adelantos de la Inglaterra en el arte de preparar los excelentes barros de que disponen para la fabricacion.

SERVICIO DE TÉ.

Esta es una obra de plata, primorosamente cincelada por M. Angell, y cuyo mérito indisputable han reco-



Servicio de té.

nocido todos los inteligentes que la han examinado. El artista ha reproducido en las piezas de este servicio algunas fábulas de Esopo: la cinceladura es de un trabajo exquisito, y la perfeccion se ha llevado en los lineamientos hasta un grado increíble. Es indudable que la Inglaterra es para esta clase de obras la primera nacion del globo.

JARRA Y JOFAINA DE SEPTARIA.

Estas dos piezas son de un barro que imita á la antigua porcelana azulada de China, barro descubierto en la isla de Wight y en el condado de Kent, al cual se ha dado el nombre de Septaria: es durisimo y brillante, y se fabrican con él toda clase de servicios de mesa, que en nada ceden á los mas afamados y magníficos que nos llegan de las fábricas del imperio chino.



Jarro y jofaina de septaria.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra Jacometrezo, 26.